



VICTOR DORESTE

narraciones canarias

RECUERDOS DE NIÑEZ Y JUVENTUD



LAS PALMAS, 1965

NARRACIONES CANARIAS

Recuerdos de Niñez y Juventud

VICTOR DORESTE

NARRACIONES CANARIAS

RECUERDOS DE NIÑEZ Y JUVENTUD

LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

1965

N.º Rtro. 4025-65

Depósito Legal G. C., 334—1965

CANCELA

Cuando comencé a escribir estas «Narraciones» ya hacía tiempo que en el mundillo de mis recuerdos se habían dado cita los más de los protagonistas que en ellas aparecen y dan fe de vida.

Una cosa, entre otras, me preocupaba; y era reducir mi propia imaginación a discretos límites, para así acrecentar la de los personajes y personajillos que en el transcurso de estos relatos hablan y actúan. De este modo, me parecía a mi que ganaba el sentido de la historicidad, aunque con ello palidiese algo la brillantez literaria, la fantasía y la inventiva.

Y si me decidí a escribir en forma de «Memorias» estas narraciones, no tomé en ello parte sino mi convicción de que, mezclada mi persona con sus protagonistas, y como en simbiosis con ellos, la realidad de los sucesos, dichos y donaires que se relatan, tomaría a una mayor plasticidad y sería más fehaciente.

Entrelazados en el tegumento urbano de la ciudad, estos personajes y personajillos representan el Ponto social en el que discurrió mi infancia y mi primera juventud.

Los primeros, encaramados en sus pedestales por sus méritos, o elevados a los pináculos por los que cosen y descosen la fama; y los segundos subidos al humilde montículo de la popularidad por sufragio, todos ellos forman como un tapiz en el que la más simple hilatura tiene asignada su función. Como sucede en un conjunto orquestal, en el que el más modesto instrumento no desdice, en su diálogo con la majestuosidad de la cuerda o la aguda brillantez de los clarines.

Esto es lo que pretendo hacer llegar al ánimo de los que leyeren estas «Narraciones».

Cuando la hube terminado, sentí como una suprema concinación de mis anhelos y me invadió una dulce ataraxia. Las escribí sin problemas ni quebrantos, como en una vigilia en la que los recuerdos se convierten en primeros actores de la peripecia dramática.

Al releerlas en el foro de mi íntima conciencia, de una cosa estaba seguro: de que no había contraído ninguna clase de deudas con la veracidad.

RETORNO DE SALAMANCA

Tenía yo poco más de tres años cuando mi familia se trasladó a Salamanca, donde mi padre ejerció el secretariado judicial de Primera Instancia. De aquel periodo de mi niñez apenas vaga en mi conciencia algún que otro celaje desvaído, que se convierte en humo cuando intento concretarlo; y de mi primer viaje por mar no se me quedó grabada ninguna impresión.

Mi madre era de Salamanca, y en aquella ciudad, donde mi padre cursó la carrera de abogado y vistió por vez primera la garnacha forense, nos instalamos en una vieja calle, en los aledaños de la Plaza Mayor.

Salamanca, en mi brumoso recuerdo, era toda ella como una sinfonía de áureas y cinceladas piedras.

Poco puedo decir de aquella tierna etapa de mi vida, y este poco tan baladí de suyo que lo doy por no sucedido. Los recuerdos de mi infancia, cuando comienzan realmente a tener una apariencia de claridad y encadenamiento, son en el viaje de regreso a Canarias, en el vetusto, incómodo pero, según fama, buen barco marinero, el «Hespérides».

De la casa de mi abuela, en la calle de García Tello, en la que viví desde mi nacimiento hasta ya pasados los tres años no recordaba nada.

Ni un llanto, ni una risa infantil, ni la silueta de un viejo mueble, ni el aroma de los jazmines, que, sin serlo, eran los mismos que embalsamaron el aire que dejé en mi florido patio, cuatro años atrás. Acababa de cumplir mis siete años.

Yo nací un once de Noviembre, y siempre he pensado si mi modo de ser pacífico y renuente a todo aquello que adolezca de violencia y belicismo, se deberá en parte

a la fecha de mi nacimiento — la misma que la de la firma del pacto de Versalles y terminación de la primera guerra mundial— y a que mi madre se llamara, ¡maravilloso y bendito nombre! Paz Grande.

En nuestra casita de Vegueta vivíamos, aparte de mis padres y de mis dos hermanos —Manuel y Teresa— mi abuela paterna, Inocente Rodríguez Torres, mi tía Angela, mi otra tía Maximina —que estaba enajenada y a la cual solían encerrarla con frecuencia en un cuarto oscuro— y mi tío Juan beneficiado de la Santísima Catedral, que tenía bien ganada fama de hombre de sorna, y del que se contaban más de una anécdota del más fino aticismo.

En la azotea había dos habitaciones, una de ellas no muy holgada, donde dormíamos mi hermano y yo. En la otra, bastante amplia, entre otros muebles antiguos y fuera de «servicio», y muchos chirimbolos inútiles, existía un caduco armonio de mi tío el cura, a quien nunca, por cierto, se lo oí tocar. Era de tres registros— uno de ellos el trémolo— y tenía las teclas amarillentas y medio carcomidas.

A mí me encantaba, y puedo decir que ningún juguete de los que por aquel entonces me ponían los Reyes Magos, me llegó a gustar y a entretener tanto como aquel viejo artefacto.

Demás está decir que yo no ejecutaba en él ninguna clase de música religiosa, sino que, de una manera que pudiéramos clasificar de irreverente—si no estuviera de ello purgando por faltarle la intención—me ponía a «sacar» en él, al oído por supuesto, toda aquella musiquilla entonces en boga, y que podía resumirse en esta palabra: el «cuplé».

Es así que fue el armonio y no el piano y la guitarra como puede colegirse por el estudio que hice posteriormente de estos dos instrumentos, el que me inició en el maravilloso mundo de la Música.

Volviendo al día de nuestra llegada a Las Palmas en el «Hespérides», fue al siguiente cuando un pariente—al que llamábamos familiarmente Pepe, sin más, y que por lo visto no servía en el dilatado «clan» sino para estos y pa-

recidos menesteres—nos llevó a mi hermano y a mí, de Vegueta a Triana y de Triana a Vegueta, para que conociéramos a la interminable parentela.

Aquello duró varios días, pues rara era la calle donde no tuviera sentado sus reales algún familiar. Y en alguna, como la de Reyes Católicos, había hasta cuatro casas de Dorestes. Las golosinas que recibimos, y no hablemos de los apretujones y besuqueos, no son para descritos.

Por aquel tiempo la ciudad era muy reducida y todo el mundo se conocía. Yo me sentía feliz. Correteábamos la chiquillería desde la Portadilla de S. José, Plaza de Santo Domingo, cercado de Avellaneda y Plaza de Santana, donde íbamos a patinar y a montarnos en los perros de bronce. ¡Quién había de pensar que siete lustros más tarde iba yo a escribir el «Faicán»!

La ciudad estaba muy mal alumbrada, y rara era la noche en que nos acostábamos más tarde de las nueve, a la luz mortecina, con la clásica horquilla pendulando en el tubo de cristal, de un viejo quinqué.

Antes de acostarnos era de rigor,— ¡qué enternecedora costumbre, ya casi desaparecida!— que fuéramos a despedirnos hasta el siguiente día de la abuelita con estas suaves, cristianas palabras:

—La bendición, abuela.

Y ella nos contestaba con trémula voz:

—Que Dios te haga un santo.

La caricatura de aquella tierna costumbre la publiqué yo hace unos años en una crónica deportiva.

Está la abuela leyendo un periódico, y no sale de su asombro al enterarse de las elevadas cifras que se están pagando por los traspasos y los fichajes de los jugadores. La anciana va de pasmo en pasmo... Dos millones por el traspaso de tal jugador. Seis millones por el fichaje del mago del balón, tal y tal...

En esto entra uno de los nietos, con una pelota de goma en la mano, a despedirse hasta el día siguiente:

—La bendición, abuelita.

Y la abuela le contesta sonriente:

—Que Dios te haga futbolista.

Cuando pasó aquella novelería de nuestra llegada a la ciudad y dejamos de ser una novedad para la extensa parentela, mi padre se dedicó a buscarnos colegio. Y por cierto que encontró uno ideal y asaz extraño para aquella época (y aún para la nuestra).

UN COLEGIO ORIGINAL

El colegio estaba situado en el corazón de Vegueta. Y además está decir que en la arcaica y poética Plaza de Santo Domingo. La casa ocupaba todo el testero del Poniente, y era comunmente conocida por la casa de la Palma. Y esto, porque en la esquina de la Plaza y calle del Rosario, se erguía la palmera más elegante y altiva de toda Vegueta; glosada por los poetas y reproducida ciento de veces por los dibujantes, pintores y acuarelistas de aquellos tiempos. La casa-colegio, que era bastante amplia, no tenía más que cuatro habitaciones y una larga galería casi abierta, que daba a un patio y a un huerto, mitad jardín, que ocupaba las tres cuartas partes del área.

La profesora, de unos cincuenta años bien corridos, se llamaba Doña Nieves López Martín, y era mujer de un raro talento. Yo no sé si Doña Nieves había tenido contacto con la historia y literatura de la antigua Grecia, pero el método de enseñanza adoptado por ella era el peripatético. En la galería se acomodaba detrás de su pupitre, y la grey estudiantil le hacía un círculo sentada en unos bancos toscos e incómodos. Allí nos explicaba las lecciones con gran sencillez, y luego salíamos al patio a estudiarlas paseando. Se me olvidaba decir que el colegio era mixto y que la camaradería entre chicos y chicas era casi igual que la que se establecía entre los del mismo sexo. Otra muestra de la originalidad de aquella maestra, era que todos los días nos hacía ejecutar media hora de gimnasia sueca y respiratoria. La puntuación por méritos adquiridos en el estudio, que iba desde el uno al diez, la anotaba cuidadosamente en una libreta, y todos los finales de mes, después de sumados los puntos, nos regalaba con múltiples golosinas: pizarrines, lápices, cuadernillos, y de-

más útiles escolares. No usaba con los rebeldes y los ineptos la clásica palmeta, pero de vez en cuando nos propinaba unos buenos y dolientes mojicones o unos pellizcos no menos sabrosos.

Doña Nieves vivía con otra hermana más joven, Doña Carmen, que tenía una especie de bigote incipiente y que no estaba muy bien de la cabeza. Las dos hermanas, siempre que hablaban en presencia de los alumnos, lo hacían en francés. Al principio, ésto nos extrañaba, pero luego nos llegamos a acostumbrar tanto a esta insólita parla entre canarias, que cuando alguna rarísima vez se dirigían la palabra en castellano, nos mirábamos de reojo.

Así era, a largos trazos, aquella original escuela de primera enseñanza regentada por Doña Nieves López, la del francés para «andar» por casa, y la del peripatético método docente.

NUESTROS JUEGOS

Nuestras diversiones eran de las más puras e inocentes, y, sobre todo, de las más baratas. El «cine», para nosotros, consistía en una «linterna mágica» que le había regalado su padre a un privilegiado amiguito nuestro. Se trataba de un ricachón; «no se deja cortar el dedo meñique por sesenta mil duros», se decía de él en aquellos bienaventurados tiempos.

En la calle de los Reyes existía una tiendecita a la que llamábamos «cá la Redonda». donde su oronda dueña nos vendía un hermoso trompo con liña por cinco cuartos. una primorosa cometa de cañas enterizas, con tembladeras de lo más fino y liñaje de cien metros (una verdadera joya en su género) que podía conseguirse por un tostón. Pero lo que nos salía a los de nuestra pandilla absolutamente gratis eran las pelotas de trapos. ¡Y qué pelotas! ¡que redondez y que elasticidad! No eran tan sólo las mejores de Vegueta sino de toda la isla. Pero esto merece, una explicación.

Nuestra casa lindaba por la parte trasera con la antigua Carcel Provincial, exactamente con su amplio patio de «recreo». Por entonces, la máxima diversión de los presos era el juego de la pelota que la hacían rebotar contra el muro medianero al nuestro. Nuestra casa tenía un habitáculo en la azotea, que culminaba en una azoteilla desde la cual veíamos el juego de los reclusos, y hasta (con el permiso o vista gorda del centinela) podíamos hablar con ellos. A veces la pelota se elevaba más de lo conveniente (lo conveniente para los presos) y caía en nuestra jurisdicción. La paciencia, madre de la técnica, y las interminables horas de que disponían los penados, explicaban la perfección, resistencia y redondez de aquellas maravillosas pelotas.

Uno siente una transida nostalgia de aquel su patio canario florecido en el recuerdo, y en su corazón, curado de prisas, y tan niño, que se acongoja y añurga de felicidad con estas futesas que me van aflorando a la pluma, en la certeza de que alguno de los que me lean, han de sentir, —como yo— el tierno e inefable dardo del recuerdo de nuestra niñez. ¡Quién pudiera volver a jugar con aquellas pelotas de trapo, que nada sabían de quinielas, ligas ni fichajes!

El juego de la pelota, el trompo y los boliches son universales. Pero nosotros habíamos inventado uno que considero único en toda la redondez de la tierra.

Así como los sacristanes, por razones de hábito y oficio propenden a familiarizarse con las imágenes sagradas, sin menoscabo de la devoción, nosotros jugábamos a los entierros, sin faltar, ni por mientes, al respeto debido a los muertos.

Era nuestra calle de paso obligado a los fúnebres cortejos. Solía pasar el último de ellos a las nueve de la noche, y raro era el día que no nos «gozábamos» uno por lo menos.

Tanto llegamos a familiarizarnos con aquel espectáculo, que el que más y el que menos se sentía indiferente ante la realidad de la muerte y el semblante atribulado de las graves cabeceras. Nada tenía de extraño que jugásemos a pares y nones, apostando nuestros trompos y golosinas, y que, a trueque de dados, lo hiciésemos con los féretros.

A uno de los de la pandilla se le ocurrió, con un espíritu quinielista digno de nuestros tiempos, conjugar el albur de los pares y nones, con el color blanco y negro; (las cajas blancas de los angelitos y doncellas y las negras de los adultos). Así, podían oírse cosas tan insólitas como éstas:

—Ganaste a los nones, pero como apostaste a dos blancas y una negra, y han pasado dos negras y una blanca..... a «pre».

No creo que nadie pueda ver con esto que acabo de

contar, el más parvo espíritu de irreverencia. La azada encallece la mano del labrador. A Dios gracias, todos los que fuimos, que yo sepa, y los que seguimos siendo, de aquella pandilla, hemos sabido honrar a los que ya se nos hurtaron para siempre. Y digo esto, para salir al paso de alguno que pudiera inflársele demasíadamente el sentido de la respetuosidad, y se sienta en el savonarólico deber de colgarse la venera del inquisidor.

ESTAMPA VEGUETENSE

Estamos en la Plaza de Santo Domingo. Atardece. El «Angelus» acaba de sonar. Se encienden las primeras luces. La Palmera del colegio de Doña Nieves se esfuma en las sombras, pero aun cabrillean sus doradas «támaras». Algunos chiquillos, a estirones de sus madres, empiezan a recogerse. Una tartana pasa rauda, sacando chispas del adoquinado.

—Es Don Ventura. Se oye decir.

—No —contesta alguien—. Es el Sr. Lara, el corredor.

Pasa otra tartana con las cortinas echadas. Ya sabemos el «pescado» que lleva a la «plaza». También sabemos el lugar de consignación: la «laja». A través de las cortinas se filtra los acordes desafinados de un requinto.

¿Dónde habrán ido a parar aquellas celestinas colgajeras del color del gofio, hechas de la misma materia que el imponderable guardapolvo?

La tartana, dando tumbos y al parecer bebida, desaparece por la calle del Rosario. Por la parte del naciente, empiezan a aparecer los primeros contertulios de la «Peña» de Don Prudencio Morales Martínez de Escobar. Dobla la esquina de la calle de la Cuna, tardo el paso y presta la sonrisa, aquel modelo de sacerdotes que fue en vida Don Pedro Díaz. En el salomónico pilar se llena la última vasija. Aparece un guardia municipal. ¿Para qué?

Davincito ha tirado la última peseta detrás de un saco de millo y ha cerrado la tienda.

¡Silencio!

NUESTRA CASA

La casita terrera de nuestros abuelos era una bendición de Dios. Sana si las había, siempre fue respetada por la gripe y toda su cohorte.

Y nuestro patio. ¡Oh mi patio canario, humilde y florido escenario de mi niñez, cómo te tengo metido en mi corazón!

El era siempre mañanita de sol, rocío y aromas. Verdor y aquietado remanso.

Ñameras, aureolas, jazmines, siemprevivas; un papayo y un chirimoyo, se disputaban el precario espacio; y las macetas, lañadas las más de ellas, hacían esfuerzos para no reventar de tanto gozo y estallar de raíces.

Aquí y allá colgaban ramas de eucaliptus para espantar los insectos. Era el «fliosán» de la época. La pila estaba empotrada en la pared, como Dios mandaba entonces, y el culantrillo daba gusto verlo, haciendo de verde dosel al ventruado bernegal y al fresco gánigo.

La pila, en ocasiones, hacía las veces de botiquín de urgencia, y su barro finísimo se aplicaba a guisa de emplasto, a ciertas heridas, granos y dermatosis.

¡Y aquel do-mi-sol de la gota de agua cayendo sobre el plato de agujero, monstruoso cupro-niquel!

Nuestra casita era, sin duda, entre todas las de la calle, la más silenciosa. Por el lado del poniente lindaba con otra terrera que se estaba viniendo abajo —y al poco se vino— habitada por mi tío Victor Doreste, el único hermano de mi padre. Mi tío, fue un eterno enfermo del corazón y se pasaba las horas muertas dedicado a su «hobby» predilecto: la pintura. Era la de él, muy deshuesada de técnica y sin preocupación alguna de estilos ni de escuelas. Pura afición, en suma, mucho amor y poco ofi-

cio. Por aquella época recuerdo que estaba dándole los últimos toques a un cuadro de grandes dimensiones que le había encargado para decoración de su local social —Paseo de S. José— la Sociedad «La Nueva Aurora».

Más arriba de mi tío había otra casa casi en ruinas donde vivía la humilde y prolífica familia de los Robainas. Aun recuerdo a las dos pequeñas gemelas Robainitas, cuando apenas tenían tres años, paseándose por la acera de la calle, con el traje de piel con que todos venimos al mundo.

Por el naciente, nuestra casa se daba de hombros con un caserón del Conde que había sido reducido a cenizas por un incendio, allá para fines del pasado siglo. Dije deshabitado, y mentí sin quererlo, porque nadie sabe la de quesos que nuestros únicos «vecinos» del naciente nos hurtaban, unas veces a la chita callando, y otras a la chillando, pese a las bolitas de arsénico, y a las inocentes y «transitables» ratoneras.

VECINOS

Por encima de los Robainas tenían su casa —en propiedad como lo era la nuestra— unas primas de mi abuela paterna: la familia de los Torres. Doña Nieves, la más vieja de ellas, tenía la misma edad que mi abuela.

Todas las tardes —a prima noche se decía entonces— llevaba yo a la abuelita, apoyada en mi brazo, calle arriba para que jugaran las dos al tute. Yo solía quedarme algún rato viendo las incidencias del juego, y la gozaba de lo lindo, porque las primitas, —que se jugaban sólo montoncito de judías— se hacían sus trampas y llegaban a enfurruñarse candorosamente. Cuando no jugaban, se establecía entre ellas un diálogo sobre asuntos caseros, y, respecto al Mercado y similares, les oí decir en más de una ocasión, cosas que hoy nos parecerían inverosímiles.

Recuerdo que una vez, mientras barajaba las cartas, le dijo Nieves a mi abuela:

—Inocente; ya no se puede vivir. ¿Sabes a cómo estaban hoy los huevos en la Plaza?

—¿A cómo, Nieves?

—¡A 18! ¡No se donde vamos a parar!

No es necesario consignar que se trataba de 18 huevos por una peseta.

Y después de este exordio apocalíptico tornaban a sus inocentes tretas barajísticas.

La huerta de Doña Nieves era famosa en todo el contorno, cuadrada, muy amplia, y toda ella cuajada de papayos, chirimoyos, limoneros y enredaderas por doquier, y con un bello estanque donde los muchachos jugábamos a los botes de vela. Aquello por las mañanas, era delicioso. Hoy, después de haberse instalado allí, a la muerte de aquellas viejas parientas, una especie de granja con sus vacas y su expenduría de leche, (ya desaparecida) no quedan sino las paredes y un triste y frío yermo.

R. I. P.

Lindando con la casa de las primas de mi abuela, frente a la que algún tiempo después sería la escuela de «Luján Pérez», vivía Antonia.

La casa de Antonia era, sin duda, la más «visitada» de aquellos contornos.

Porque así como algo más arriba, en San Marcos, tenía sentado sus reales el Sr. Villaverde—un peninsular muy gordo, y ¡pásmense Vds.! representante de unas conocidas sales para adelgazar—, Antonia había montado su crematística «oficina» en la de García Tello.

El avisado lector habrá comprendido que las mercancías que allí se pignoraban eran todas, sin excepción, del orden venusiano y afrodisíaco; y poniéndonos un tanto poéticos y metafóricos cabría decir que aquella casa era una especie de «yosiwara» con «geisas» canariensis.

Nada tenía, pues, de extraño, que las famosas tartanas de cerrados cortinajes —de las que ya he hablado en más de una ocasión— tuvieran frente a la casa de Antonia, su parada facultativa.

Antonia tenía bien ganada fama de que su apéndice oral era de suyo vipérido, expedito y carente de la buena policía en el hablar. En una ocasión en que ciertos vecinos hicieron gestiones para que se la obligara a mudarse a otro barrio «non sancto» —la casa era de su propiedad— se topó Antonia, allá por los aledaños del «Carnero», con D. Ambrosio. Lo digo a secas porque D. Ambrosio lo era por antonomasia (Periquito Flores decía por Antonio Macías). D. Ambrosio se paraba por la calle y cambiaba algunas palabras con personas de todas las clases sociales. Era la encarnación de la sencillez y de la caballerosidad.

Para todos tenía una sonrisa y una palabra agradable. Era asequible y cordial.

El breve, pero sabroso diálogo, que se entabló entre D. Ambrosio y Antonia, diz que fue el siguiente:

—Le digo a Vd., D. Ambrosio, que si se emperran esos vecinos en que nos mudemos «pallá», pongo en el periódico los nombres de muchos señores de los que vienen a mi casa anochecido «pa» que no los reconozcan. Y va a haber muchas sorpresas, porque quien menos se piensa la gente.... Se lo digo —¡por ésta!— que toda la población se va a enterar.

Y D. Ambrosio, muy risueño y calmoso le contestó:

—Pero Antonia, ¿qué más periódico... que...

Pero váyanse unas cosas por las otras, hay que dejar sentado, que Antonia se portaba muy bien y era cariñosa con nosotros, los muchachos, y hasta nos regalaba sus buenas golosinas.

A veces hay que aceptar los méritos, como compensación de los defectos.

EL TERRIBLE «USTE»

A proposito de Antonia, algunos años antes de la pe-ripecia que acabo de contar, no sé que motivo le dí —se-guramente alguna «mataperrería» propia de la edad — para que me cogiera por el cogote y me espetara un «usté» que me dejó frío.

—Como yo lo vuelva a coger a usté en otra de éstas, ya verá lo que le va a pasar.

Mucho tiempo después recordaba yo el efecto que nos producía a los muchachos, cuando nuestros mayores se dirigían a nosotros usando aquel admonitorio tratamiento.

Cuando nuestros padres nos apeaban el «tú», nos sen-tíamos irremisiblemente perdidos.

—¿Qué estaba «usté» haciendo en la despensa? —le preguntaban el padre al retoño que apenas sabía andar—. ¿No le tengo dicho que allí no se entra?

—Mal asunto —pensaba el chico—, y se tornaba repen-tinamente serio, agrandábasele los ojos, y comenzaba a ensayar angustiosos pucheritos, barruntando la azotaina o el «aquí va haber mojo con morena». Pero muchas veces, podríamos asegurar que las más, quedaba suplantado el obrar por el decir. Y es que el progenitor sabía, por pro-pia experiencia, que a él le apearon también de chico el tratamiento, y que un «usté» a tiempo, pronunciado con teatralidad, puede producir en la práctica, efectos más saludables que una inoportuna zurra, que, en puridad, carece de elementos morales.

Los azotes podrán dejar —y tanto— una huella física, pero moralmente no consiguen nada, como no sea en el orden negativo, al provocar algún rescoldo de resentimiento.

El «usté», en sustitución del azote, representa un triun-

fo más del espíritu sobre la materia; y cabe añadir que para el niño, puede constituir la primera lección de moral, y un saludable respeto por el poder de la palabra y de los conceptos. Aprenderá, de la manera más simple, que existe un mundo submágico, infinitamente más fuerte y eficiente que el de la fuerza bruta. Comprenderá, otro sí, que el padre sólo tutea a aquellas personas que son de su sangre, de su afecto y de su confianza; y que al ser tratado de usted, se le da a entender que, al menos eventualmente, el padre le niega su consanguineidad, su afecto, y lo que más claramente percibe su precoz intuición: su confianza.

Naturalmente que todos los niños no son un «Pico de la Mirándola» pero todos estos conceptos les pueden ser sumergidos en forma de sentimientos y de sensaciones.

El perro, a solas con su instinto, puede alcanzar, ante el reproche y el acento con que éste ha sido pronunciado, un grado parecido de comprensión, y hasta si se quiere, superarlo.

Y no está de más que recordemos a propósito, lo que decía aquel negro —niño al fin— en los tiempos de la esclavitud de América:

—Cuando mi amo me trata de «usté», o me quiere «pegal», o me quiere «vendel».

LAS PALMAS LIMITA AL NORTE CON...

El campo de acción de la chiquillería de entonces podía limitarse a tres puntos neurálgicos. El llamado cercado de Avellaneda, la Plaza de Santo Domingo, y la de Santana, (siempre la escribiré como la pronunciamos). El cercado de Avellaneda, que de cercado ya poco tenía, era una amplísima explanada que se extendía a todo lo largo de la trasera de la calle de los Reyes hasta el mar. Y en sentido longitudinal, desde lo que es hoy calle de J. E. Doreste, hasta los llamados callejones, ya desaparecidos, de los cuales queda una muestra de su principio, en la esquina del núm. 69 de la calle de los Reyes, casa que fue de la familia de D. Fernando Cambreleng. Al tiempo a que hago referencia, salvo una estrecha franja de plataneras que orillaba el litoral, donde se erguía el antiguo y romántico Castillo de Sta. Isabel, el resto lo constituía una serie de solares polvorientos y sin deslindar, donde la chiquillería se despachaba a su gusto con toda clase de juegos, entre los que destacaba el entonces incipiente «fulbol». En el «cercado» comenzaban a construirse alguna que otra casa, en lo que es hoy calle de Dolores de la Rocha. Los callejones marcaban el linde sur del cercado de Avellaneda, y partían de la calle de los Reyes, sinuosos y zigzagueantes, entre toscos muretes de piedra sin amalgama, y entre fincas de cultivo hasta desembocar en la marea, cabe al viejo Castillo. Desde allí hasta cerca del cementerio, existía un trecho de playa guijarrosa, rigurosamente discriminada por mor de la moral en dos zonas, para hombres y mujeres respectivamente. Un indolente guardia municipal velaba por las buenas costumbres. A los guardias les llamábamos los muchachos gandules mantenidos, por la G. M. que ostentaban en el anverso del cuello del unifor-

me. El elemento femenino, al cual oteábamos de lejos, se vestía y desvestía bajo unas sábanas camaras, y surgía de ellas presto para el baño, luciendo menos carnes que la de cualquier peatona trianera de hoy día. La mayoría de aquellas muchachas no sabían nadar—estábamos entonces muy lejos de las competiciones natatorias, y de las Martínez Durán y Ritas Pulido—. Las muchachas se adentraban en el mar un par de metros, graznando como gaviotas a cada golpe de ola, y practicaban el sencillo y candoroso «sopita y pon».

Al final de la zona reservada para mujeres, había, tras la muralla de piedra que batía el mar, una amplia huerta, casi una pequeña finca, propiedad de mi padre. La llamaban «Las Tenerías», y no hay que confundirla con su homónima de San Cristobal. «Las Tenerías», guardaban en su recinto unos cuatro habitáculos destartalados, un patio-cillo primoroso con pozo y molinillo de viento, y un hermoso estanque.

Mi padre tenía plantada la huerta con las más exquisitas y foráneas plantas hortenses que encargaba en su mayor parte a Italia. Allí, mientras los «finochios», el «apio» piemontés y las diminutas coles de Bruselas fructificaban, escribió él, en un cochambroso escritorio carcomido por la lepra del salitre, muchas de sus crónicas.

«Las Tenerías» pertenecieron años atrás, a los Avellanedas. Un buen día arribó de las Américas un viejo amigo de mi padre, medio misántropo, y algo achacoso a consecuencia de una vida intensa en aventuras por aquellas lejanas tierras. «Las Tenerías», que cuando yo las conocí eran como un calvero invertido de la ciudad, en la época de este amigo de mi padre constituía un verdadero destierro. Pero a nuestro hombre le gustó aquello, se lo adquirió a los Avellanedas, se hizo con un catre, unas mesas, sillas y cuatro rudimentarios trebejos de cocina, y allá se fue a vivir los últimos años de su vida.

Cuando sintió que su fin estaba próximo, le vendió el

inmueble a mi padre en tres mil pesetas. Los «muebles» se los dejó a una pobre mujer que solía ir por aquel exilio a hacer la limpieza y a pegarle algún botón.

El amigo de mi padre se llamaba Pepito Silvela.

LOS HIJOS DEL «CUARTUDO»

El amiguito del que ya he hecho referencia —el que poseía la única «Linterna Mágica» del barrio— tenía un hermano, y ambos sintieron la irresistible tentación de hacerse con unos patines. Su padre no les regateaba nada, y los muchachos no tenían sino que pedir. Un buen día aparecieron por la Plaza de Santana con dos pares de patines de los llamados de fibra y bolas. Yo poseía un par de los de acero, y sin bolas, claro está, que le costaron a mi padre unas siete pesetas y metían un ruido infernal. Los de nuestros amiguitos le salieron al suyo por ¡60 pts! el par. Fueron encargados a Barcelona y eran suaves y silenciosos como un «haiga», provocando la envidia y la admiración de toda la grey chiquilleril.

Pero la moda del patín se fue extinguiendo con la misma celeridad con que había irrumpido en el mundillo de nuestros juegos. Era una diversión demasiado onerosa, y solo continuaron cultivándola algunos privilegiados.

La cometa, algún tiempo olvidada, volvió por sus fueros, pero con una nueva modalidad, que, no obstante el doble interés que prestaba, restó alegría y nobleza al hasta entonces inofensivo juego.

Esta nueva modalidad consistía en una navajilla arteramente prendida en el rabo de la cometa, puesta allí con la maligna intención que ya el avisado lector habrá adivinado. Era cosa de ver los caracoleos que habría que caracolear para que cuando menos lo esperábamos, se acercara, taimada, una de aquellas cometas o «papagayos» con su cola cerceante. El primer golpe táctico para esquivar al monstruo, consistía en soltar liña o bien «recoger» a toda prisa, con lo que nuestra cometa —en este último caso— subía unos 15 ó 20 metros en unos segundos. La cometa enemiga

adoptaba la forma de ataque correspondiente, y se entablada el combate. Era de rigor, para que éste se llevara a cabo, que la nuestra también estuviera armada en corso; de lo contrario, lo prudente era huir por todos los medios posibles, y en los casos desesperados provocar un aterrizaje forzoso. El famoso «picado» del que tanto se habló en la pasada guerra, ya lo habíamos inventado nosotros por aquella época. Pero ¡ay!, los cables eléctricos eran la guillotina y el cementerio de nuestras gayas y perseguidas cometas.

Pasó algún tiempo, y el pentágrama de los fatídicos cables era un osario de «huesos» de caña, y papeles desteñidos. Esto nos hizo volver a los elementos primarios del juego: el boliche, la pelota y el trompo. La cometa pasó a ser un pasatiempo de adultos con vello en la muñeca.

El boliche corriente era baratísimo, y nada digamos del hueso de albaricoque, durazno o melocotón. Había muchachos que poseían centenares de ellos.

La «vidrianza» ¡qué nombre canario tan sugestivo! era un boliche de mayores proporciones que el corriente, de vidrio, con irisados colores. Una verdadera preciosidad. Pero lo más codiciado de la especie bolicheril era la «támaras»; una bola de dos o tres centímetros de diámetro de acero macizo y primorosamente pavonada.

Estaría demás dejar sentado, que nuestros privilegiados amiguitos de la plaza de Santo Domingo, poseían una colección estupenda de cometones, papagayos, vidrianzas. «támaras» y, un par de temibles cometas con unos larguísima rabos, y armadas de terribles cuchillas encargadas por su padre a la mismísima y acerada ciudad de Toledo.

PLAYAS DE SECANO

En nuestro angosto escenario vegueteense, el mas insignificante suceso se convertía, agrandado por nuestra infantil imaginación, en un verdadero acontecimiento

Uno de ellos consistía en que algún personaje de la calle en que vivíamos, enfermase de «cierto cuidado», lo que traía como consecuencia inmediata el enarenado concedido por el Ayuntamiento.

Con cinco o seis carros de finísima arena, quedaban los escandalosos adoquines reducidos a forzoso silencio, y la chiquillería gozaba en plena Vegueta de una sucursal, deshidratada, de la Playa de las Canteras.

En una ocasión en que calló enfermo de cierta gravedad un anciano y alto empleado del Ayuntamiento, de grata recordación, y que se había enarenado casi toda la calle, le dió al diablo porque apareciera por una de las esquinas, precisamente enfrente de la casa del enfermo, un alicantino vendedor ambulante de helado. El buen hombre comenzó a tocar su trompetilla de tal forma—en walkirio y mangas de camisas— que no parecía sino que hubiese tomado la casa del ilustre anciano por las murallas de jericó.

El guardia de la Plaza de Santo Domingo, que llegó a grandes zancadas, puso fin, señalando con el dedo a la arena, y sin atreverse a alzar la voz, a aquel anticipo del Juicio Final.

Es de suponer, que el asombrado y filarmónico alicantino no llegaría nunca a saber la relación que existía en Canarias, entre el toque de las trompetas y las calladas y mullidas arenas del mar.

Otro «suceso» que daba color local al clásico enarenado, era la llegada en la típica tartana de don Ventura R. Doreste, recostado indolentemente, lo que le permitía la

inevitable «brincadeira». Don Ventura desdénaba los poquísimos automóviles que había entonces, y podía decirse de él que era un verdadero tartanotauro. Para muchos personas, don Ventura era como una prolongación de la tartana y viceversa. Muchas veces, el guiante del biruedicoche era Angelito «El Zambo», al que hacíamos rabiarse con nuestras bromas, con su nombre, y con esa machaconería y miaja de crueldad que es privativa de todas las chiquillerías del mundo.

Cuando don Ventura daba por terminada su visita (a veces el ratito de conversación y otro par de carros de arena suplían ulteriores medicamentos) no faltaba algún transeunte que esperase, cabe la tartana, al ilustre y caritativo médico para hacerle alguna «consulta».

Claro se está, que si el consultando no era hombre de prez, resultaba inútil que don Ventura le recetase media docena de carros con la silente y mullida medicina.

La arena no se vendía en las boticas.

PATINES EN LA PLAZA DE SANTANA

Un buen día irrumpieron en la Plaza de Santana los patinadores y las patinadoras—estas con su inseparable y blanco «jersey»—. Nadie sabe como vino la cosa. Unos sostenían que el primer patinador fue un inglés, pero lo cierto es que sobre este asunto nadie se puso de acuerdo. Lo que no cabía duda, era que los patinadores de ambos sexos proliferaban de una manera alarmante.

Un tal Manolito, «el del Tribuno»—era repartidor de aquel periódico—tuvo la idea feliz de encargar una buena remesa de patines, y montó un puesto de alquiler entre los perros que aquel «genio de la caninidad» convirtiera en bronce.

La Plaza de Santana fue siempre una plaza resbaladiza; en parte debido a su pavimento, y en parte a las palominas que las inocentes colombas dejaban caer en el ya de suyo repulido embaldosado. La entronización del patín en nuestra bella e histórica Plaza, por aquellas razones y otras del aprendizaje, batió el «record» del «talegazo y tente tieso» Yo creo que nuestras bellas patinantes llevaban alguna oculta plomada en sus pudorosas faldas, porque es fama que nunca enseñaron en sus aparatosas caídas, mas allá de lo que la decencia autoriza.

Manolito «el del Tribuno» era hombre precabido si los hay, y no digo yo por dos, sino hasta por tres valía. Un sólo botón vale de muestra.

Nuestro hombre alternaba el negocio de los patines con la venta de árnica, tintura de yodo y esparadrapo.

Manolito sabía lo que se pescaba.

Y ya que he hablado de las dulces palomas de la torre sur de nuestra Catedral, voy a contar la para mí enternecedora historieta de una palomita negra, cuyo recuerdo, a

pesar de los años transcurridos, no he podido olvidar; y la historia, nada edificante, del palomo buchudo y ladrón; el más calavera de los palomos robones de que haya noticia en los anales colombófilos.

«COJITA» LA PALOMITA NEGRA

La llegada de la palomita negra coincidió con la aparición en nuestra ciudad de la primera pelota de cuero, goma interior, fuelle, cordoncillo y pitorro. No se trataba aun de una verdadera pelota de reglamento, pero iba para ello, y a nosotros se nos antojaba una verdadera maravilla. Veán los niños de hoy, con qué párvulos medios se nos colmaba el entusiasmo a los que nos tocó vivir la niñez en la andadura de la primera guerra mundial.

El propietario de la pelota de cuero; de cuyo nombre hago gracia al lector por haberlo olvidado, vivía en la portadilla de San José, y durante unos días, secundado por los de nuestra pandilla, se dió maña para limpiar el piso y apisonar la tierra de nuestro «campo de Agramante» del cercado de Avellaneda. Pero ¡oh manes de la fortuna y de la vanidad! Un misterioso y urgente telegrama fue cursado a Londres, y quince días más tarde amaneció en nuestro Puerto un flamante «Yoward», y aquella misma tarde, y para mayor asombro nuestro, en tartana, se presentaron en el campo los dos hermanitos—cuyo padre no se dejaba cortar el meñique por sesenta mil duros—con una maravilla de pelota ¡de reglamento! Así como suena, y con el marbete de «made in London».

Los dos hermanitos la hicieron botar —no permitieron a nadie que la tocara— ejecutaron unos cuantos pases sintiéndose unos Di S'tefanos, y después de aquella exhibición hecha adrede para demostrarnos su superioridad y el alto nivel fiduciario de su desprendido progenitor, montaron en la tartana y se fueron a jugar a los altos terrenos, entonces vírgenes, de las Rehoyas.

No se le volvió a ver por nuestros olímpicos predios. La palomita negra apareció un buen día, o cayó, mejor

dicho, en mi patio de Vegueta, angustiada y patirrota, seguramente apedreada por algún muchacho de la vecindad. La curé, y la tenía tan bien domesticada que me seguía a todas partes como un perrillo agradecido.

Yo estaba muy orgulloso de aquel inimitable juguete vivientes, y he de asegurar al que esto leyere que el único terror que sentía entonces mi tierno corazón infantil, era la sospecha, más que fundada, de que el padre de los dos ansiosos hermanitos, encargase a los Andes Chilenos, ¡y tanto que era capaz de hacerlo! algún pavoroso cóndor amaestrado.

Pero veamos como sucedió el aterrizaje, forzoso, de la candorosa palomita.

Una mañana clara, barruntando levante, me hallaba yo en mi patio y creí que había caído una pelota de trapo; negra, encima del jazminero.

La historia de la palomita negra cundió por todo el barrio, y es fama que llegó a traspasar la frontera funeraria de la placetilla de los Reyes, callejón de la Horca, y encaramarse por los sinuosos graderíos de los Riscos de San José, San Roque y San Juan. San Nicolás, por aquel entonces, y desde el punto de vista de nuestra pandilla, era una especie de Montevideo, separado del Buenos Aires de Vegueta por el caudoloso y aromático Río de de la Plata guinigüadense.

La palomita negra era mas bien un pichón, y observada sin prejuicios no ofrecía, en verdad, ningún atributo que pudiera halagar su vanidad. Era delgaducha, mal estibada, y como ya he apuntado anteriormente, patirrota. En cuanto a su prosapia o linaje, nadie se hubiera comprometido a afirmar que perteneciera al diligente Cuerpo de Correos. Lo esmirriado de su personilla la salvó, a buen seguro, de la olla y de la pepitoria.

No había transcurrido aún una semana de su accidentado aterrizaje, y ya medio curada de su cojera, dió comienzo a sus simpáticas travesuras. Se escondía en los sitios más inverosímiles, y cuando ya estábamos cansados

de buscarla en vano, emitía una especie de «cu tu cu tu» que la delataba acurrucada, ya dentro de una gaveta de la mesa del despacho, ya en el fondo de una maceta vacía o detrás del bernegal. Cuando salía del escondrijo era cosa de ver y de oír las muestras de alborozo con que festejaba el éxito de su intencionado juego, la muy «mataperra».

Porque eso sí, todos estábamos de acuerdo en que «Cojita» —así la bautizamos— se escondía tan adrede como cualquiera de nosotros en el juego del «guirgó».

Cuando «Cojita» lanzaba sus «cu cu tu cus» y la sorprendíamos en su escondite—una vez lo hizo en un zapato de mi tío, el cura—saltaba de gozo, y con su patita y media, iniciaba un débil vuelo, y se posaba tan feliz en mi hombro.

Allí empezaban sus carantoñas, sus cuchicheos al oído, y sus cariñosos picotazos que no hubieran podido matar a una mosca.

Otra broma de «Cojita» consistía en remontar el vuelo por el patio, cuando yo hacía la intención de abrir la puerta de la calle para salir. Entonces, «Cojita» se hacía la asustadiza —y tanto que se hacía la muy baladrona!— daba una espantada, y remontaba el vuelo por el angosto patio. La impresión que ella quería provocar, era que iba a desaparecer para siempre, pero... no había que alarmarse; no acababa aún de abrirse la pesada puerta —era de tea—y ya estaba «Cojita» en la acera como si tal cosa. No tenía sino que silbar para que volase a mi hombro, y allí haciéndome mil monerías y arrumacos la muy adulanzona, se hacía acreedora al perdón, por el susto que ella me había creído dar.

Aunque yo me echara a correr o me pusiera a dar saltos, «Cojita» se mantenía en perfecto equilibrio. Algunas veces me daba un paseo hasta San José y en una ocasión hasta los «Poyos del Obispo» siempre con mi palomita pisándome los talones y asistida por la curiosidad de los transeuntes. Cuando veía que se acercaba algún perro, o simplemente lo barruntaba, armaba vuelo al palo del gallinero de mis omoplatos, algunas veces inventaba los

chuchos, y era que se estaba haciendo una grandísima comodona.

Todas estas gracias, y algunas más que no caben en este corto relato, hicieron de «Cojita» una criatura más popular que el mismísimo gallo Morón.

Pero un día ¿Qué sucedió, «Cojita»? Un día hubo *luto* en mi casa. Uno de esos lutos tiernos y casi humanos que dedicamos a nuestros hermanos inferiores.

¡«Cojita» había desaparecido!, y esta vez no era de broma. El armonioso «cu cu tu cu» se dejó de oír por toda la casa. Al abrir la puerta de tea de la calle, «Cojita» no estaba como de costumbre en la acera. De esta vez, su vuelo se convirtió en nuestra noltagia.

Fue en vano que indagásemos por todo el barrio. En nuestra casa se llevó a cabo una verdadera operación policiaca. Se rebuscaron todas las gavetas, las macetas vacías, los zapatos del tío, los más recónditos cachibaches de la despensa, la chimenea... nada «ni una pluma». Observamos al gato inquisitorialmente.

«Cojita» nos había abandonado para siempre. Mis familiares la «lloraron» en seco.— ¡se había hecha tan simpática a todos!— yo la lloré en húmedo, no me daba vergüenza el confesarlo, ni nunca me arrepentiré de haber derramado aquellas tiernas e infantiles lágrimas, que tenían la sal del más sincero sentimiento.

Pasó una semana, tal vez dos, no puedo precisarlo. Una mañana— ¡oh gozo supremo!-- ¿Qué veían mis ojos? ¡apartaos, telarañas! Pero no; no cabía duda. «Cojita vivía. «Cojita» na había ido a parar a panza de gato. Estaba viva ante mi alborozo.

Sucedía esto en la plaza de Santana. La sorpresa me dejó sin habla por unos instantes. «Cojita» estaba picando unos granos en compañía de varias congéneres. Me vió. ¡Claro que me vió! Yo silbé primero y luego imité a mi manera su «cu cu tu cu». Entonces «Cojita» inició aquel suave vuelo que también conocía. Pero al mismo tiempo de intentarlo, sucedió algo insólito que me dejó perplejo.

Un palomo buchudo y matoncete se le acercó en bronco vuelo y le dió tamaño aletazo que la hizo tambalear y caer. El jaquetón palomo sacó, sin que uno pudiera explicarse de donde, el más descomunal de los buches de que haya palomera historia, y comenzó a «gurgutear» en el más donjuanesco de los «curucutues» de pico de palomo ladrón. Las otras palomas se alejaron un tanto, asustadas y curándose en salud, mientras que «cojita», medio muerta de miedo, dudaba si lanzarse a mi hombro o huir a la parte más alta de la Catedral. Optó por esto último y emprendió veloz vuelo hacia la torre sur de nuestra Sagrada Basílica.

Sucedió todo con tal rapidez, que no me dió tiempo a reaccionar espantando al insolente.

Aquel ladrón, seguramente el que me la fue a raptar en mis propias narices, continuó un buen rato con sus achulados aspavientos y sus roncós «curucutues», para desaparecer, al fin, en dirección a la torre donde seguramente aguardaba, temblando de miedo—o vaya Vd. a saber si de amor— mi amada «Cojita», a la que ya nunca había de volver a ver.

Poco tiempo después desapareció del templete que cupula la preciosa Plazoleta del Espíritu Santo, la paloma blanca, de terracota, que le servía de remate. Yo pensé si la habría conquistado, como a mi «Cojita», aquel redomado ladrón de aladas doncellas. Pero al cabo de unos días, la blanca paloma reapareció en su sitial. Unos guasones habían sido los autores de la pesada broma.

Ya decía yo, que aquel materialista y lúbrico palomo, tenía que opinar, como Rubén Darío:

Que... «la mejor Musa es
la de carne y hueso».

EL CRIMEN DE LA ÉPOCA

Un suceso que conmovió profundamente nuestras almas de niños —y entonces si es verdad que nuestra fértil imaginación no tuvo necesidad de agrandarlo para convertirlo en acontecimiento— fue el famoso crimen del «médico» alemán y su cómplice el «carnicero», que asesinaron alevosamente, para robarle, a un desvalido y senecto farmacéutico llegado de tierras de América. Salieron de un lugar de la Isla, a pié, con destino a no sé que pueblo del interior y en la obscuridad de la noche, por los Pinos de Gáldar, en plena desolación le dieron mala muerte y peor sepultura. El «médico» alemán fue el que preparó friamente el horroroso crimen, y el «carnicero» fue su autor material. El primero sujetó al pobre anciano como si fuera un niño, y el otro lo despachó como una res.

El «médico» poseía unas dotes de sugestión extraordinarias, y se pasaba la vida de pueblo en pueblo, recetando yerbajos y dejando tras de sí una estela de mujeres históricamente enamoradas de su bella estampa. Era alto, fuerte, rubio y de ojos azules, dulces a la par que enérgicos. El «carnicero» era su antítesis: gordo del tipo de los pícnico-hercúleos, muy bajo de estatura, e innoble y repelente de aspecto.

En nuestro mundillo infantil estábamos «al cabo de la calle» del tristemente célebre personaje. El vivir en las inmediaciones de la cárcel —pared con pared— y nuestra entremetida familiaridad con algunos de sus celadores, nos facilitaban noticias fresquísimas e íntimas del rubicundo y apuesto «médico» y del rechoncho y bestial «carnicero».

Sabíamos —vaya un ejemplo— que aquel día, el «médico» había recibido varias misivas —todas de mujeres, por supuesto— y casi en su totalidad del interior de la isla.

En este epistolario había un denominador común: «no puedo creer en tu crimen», o bien «siempre creeré en tu inocencia».

El día señalado para el juicio, y desde las primeras horas de la mañana, los alrededores de la cárcel, bordeaban de ciudadanos de todas clases sociales, y lo que más sorprendía era la enorme afluencia de preciosas muchachas de la buena sociedad.

Desde las mismas puertas de la prisión hasta la Audiencia, y a ambos lados de la calle, una multitud expectante rebosaba las aceras y parte de la calzada. Para las bellas canarias, aquella mañana fue de una tensión de nervios como pocas. ¿Será tan guapo como dicen? se preguntaban algunas. Y de pronto, un ¡ahí viene, ahí sale! Esto lo gritaban las que estaban situadas frente al amplio zaguán de la prisión. En singular, porque el «carnicero» no contaba para ellas.

Por fin apareció en medio de un tremendo «suspens» —como hoy se estila decir— el sedicente «médico», altísimo, atlético, y aumentada su racial blancura y palidez por el forzado encierro. La cabeza, más bien baja que humillada; vestía de negro, con natural elegancia, y lo llevaban espasado. A las mujeres les causó un efecto extraordinario en el que la biológica atracción de los sexos ocupaba mayor parte que la curiosidad. Se hizo un silencio impresionante en las femeninas filas. Aquí y allá, un «que pena» se escapaba en susurro de algunos bellos labios. Y así llegó, asaeteado por cientos de ojos atónitos, con aplomado andar ante los jueces que habían de condenarle a la última pena —que se conmutó luego por la de cadena perpetua— mientras el «carnicero», rechoncho, innoble de estampa, lombrosino, le seguía con paso torpe y vacilante, mirando de reojo como un perro asustado.

Con el crimen del «médico» alemán tuvimos la chiquillería tema para rato —como toda la ciudad— hasta que otros sucesos y sucesillos, la verdad sea dicha menos cruentos, lo fue relegando al olvido.

Algún tiempo más tarde, una vez condenados los dos criminales, mostraron deseos de convertirse al catolicismo. Como tantos otros penados, eran visitados con cierta asiduidad por un grupo de catequistas. Una vez preparados por un sacerdote, se pensó en quienes podrían ser los padrinos de bautizo. Con el apuesto «médico» no hubo problema, no así con el repulsivo «carnicero». A cuantas personas se les insinuó lo del padrinzago —incluso a conocidos santos varones— se les revolvió las vísceras. No —contestaban— no podría. Esto es superior a mí. Fue mi padre el que espontáneamente se ofreció a ello. Y aquí tenemos a Don Domingo Doreste, de padrino bautismal del alevoso «carnicero».

Años más tarde, no puedo precisarlos, estaba yo en casa y llamaron a la puerta. Fui a abrirla, y sea por intuición o por que ya había leído las teorías de Lombroso, lo cierto fue que cuando me topé con el visitante me di cuenta enseguida que tenía ante mí a un criminal nato. Me quedé sin saber que hacer ni que decir, y aquel hombre me preguntó tímidamente y con los ojos bajos y como implorante, por mi padre. Era... el «carnicero».

Le contesté que si estaba, y no tuve necesidad de llamarle porque apareció en el vestíbulo. Mi padre se llevó una impresión tremenda, y el «carnicero» se arrodilló, llorando, y comenzó a besar la mano que mi padre le había tendido. Por mucho que mi progenitor intentó hacer para que el «carnicero» se levantara, no pudo conseguirlo, y allí se mantuvo un buen rato de hinojos y diciendo y repitiendo entre lágrimas y gimoteos: ¡mi padrino! ¡Mi buen padrino! Yo estaba como mi padre, emocionadísimo. Ni él ni yo veíamos ya en aquella trémula y humillada criatura al bestial asesino; al innoble y repugnante «carnicero», sino a un ser humano que había venido del presidio, cumplida ya su condena y seguramente arrepentido de su crimen, a postrarse ante su buen padrino. Y nuestros tres corazones rebosaban de un misterioso e inefable júbilo.

Por fin se levantó —ya no vale el apodo— aquel nue-

vo ser humano, sabe Dios si purgado ya de toda maldad, y se encerró con mi padre en el despacho como una media hora. Mi padre habló afablemente con él —según me contó mas tarde— le puso en las manos unas buenas pesetas —que él rehusó enérgicamente— le regaló una caja de magnificos puros y lo acompañó hasta la escalera, donde el ahijado volvió a arrodillarse y a besarle las manos. Aquella misma noche, en el barco que le trajo del penal, siguió viaje para su patria, donde juró a su padrino rehacer su vida y hacerse un hombre de bien.

TEMPORADA EN SAN MATEO

Año más, año menos, fue por el tiempo al que estoy haciendo referencia, comencé a adelgazar a ojos vista y a perder el apetito. Don Ventura aconsejó a mi padre que lo que estaba pidiendo mi naturaleza era una temporada de campo. Al principio se pensó en que toda la familia nos trasladásemos a Tafira Alta, pero luego mi padre lo pensó mejor. Yo tenía en San Mateo una madre de leche, Virginia se llamaba, casada con Pancho Gil, zapatero de oficio. En una esquina de la calle principal del pueblo —angulada si mal no recuerdo a la de Caldereta— vivía la familia y la numerosa prole. La casa tenía un patio enorme, y la estancia que hacía esquina, estaba destinada a tienda de ultramarinos. En uno de sus rincones el banco zapateril.

Pancho Gil era un hombre al que parecía que habían apuntado el sistema nervioso. Ya dije antes que la prole en aquella casa era muy numerosa, y no era extraño que mi madre de leche, apurada en sus quehaceres domésticos, pusiera en los brazos al marido —inmovilizándolo su monótono martilleo de palas y punteras— algún vástago de los que aun andaban en mantillas.

Si la criatura —cosa que sucedía con frecuencia— se desahogaba, y no por la boca precisamente, y humedecía la camisa de nuestro buen zapatero, Pancho Gil se asomaba muy risueño a la puerta del patio, y con la voz más tranquila del mundo avisaba: «Virginia, acércate un momento que esta criatura se me ha hechado a perder».

Mi padre le llamaba, en la intimidad y cariñosamente, «Pancho Bromuro».

Mi viaje a San Mateo quedó decidido, y una mañana bastante fría, con tiempo del Sur —estábamos a principios

del invierno— partí en el destartalado coche de cuatro mulas del popular Paquito Santana. El viaje desde Las Palmas al pueblo duraba entonces sus seis horas largas, y era cosa de ver el paso tardo y casi bovino de las híbridas bestias, repechando por aquellas carreteras polvorosas, mordidas por la viruela de los baches. Recuerdo que por la subida que terminaba en Pico Viento, había un atajo que los viajeros jóvenes aprovechaban para «estirar las piernas», y aun había de esperar sus buenos cinco minutos para que el carromato los volviera a alcanzar. En Santa Brigida había relevo de caballerías, y una parada «discrecional» que era aprovechada para «echar» una partidita al tute subastado, y para poner el maltratado «pomo» en su sitio, con unos «pizcos» de ron.

Eranse los tiempos del guardapolvo, y el lector me va a permitir, que mientras llegamos a San Mateo —para largo me lo fiáis, Sancho amigo— me enfrasque en unas disquisiciones y recordatorios sobre aquella inefable prenda y el ambiente que dió lugar a su uso y advenimiento.

¿Os acordáis del guardapolvo? ¡Qué prenda, caballeros! Era casi tan largo como el que lucía, y tenía la color del viejo gofio picado. No se podía prescindir de ella a través de aquellas antañosas carreteras.

Por aquel entonces, los lutos grandes solían durar tres años, y el empalme de unos con otros, dió lugar a aquellas generaciones eternamente vestida de negro.

El guardapolvo servía entonces, con pragmática ambivalencia, a que el usuario guardapolvense, no sólo preservara sus ropas de la polvorosa injuria, sino que, sin infringir las rígidas leyes sociales, pudiera reducir su luto a poco más de un palmo de sus sombríos y tristísimos pantalones.

Había señores tan enseñorados, que enfundaban sus pequeños «cabás» y maletines de negocios. Y hasta los había ¡válgame Dios si exagero! que usaban un comiquísimo guardapolvo sombreril.

No puedo, al evocar tan pintoresca prenda, apartar de mi memoria aquel ambiente pre-asfáltico.

Vienen a mi memoria, embellecidos por el tiempo finiquito, contornos de cosas ya idas pero no olvidadas. Muebles que obitaron o son ya veneradas reliquias; el refistoleado relój de pared, y el no menos refistoleado quinqué con horquilla, en su devenir de padres e hijos, testigo de cuatro generaciones. La mesa redonda de caoba antigua, pata de garra y veteado piso de mármol. La relojera de terciopelo rojo; el navajero, orgullo de barberías, y el álbum de «fotos» amarillentas y desvaídos «daguerrotipos».

Recuerda la época del guardapolvo también aquel discreto canapé, llamado confidente — ¡y con qué propiedad de lenguaje!— remanso y muelle, preferidos por aquellos novios veteranos que ya habían «sentado la cabeza».

Se decía de un novio que «tenía sentada la cabeza», cuando ya había vendido la alcoba de matrimonio en más de una ocasión, por haberse pasado de moda.

A muchos de estos novios, a fuer de habérseles sentido en demasía, se les acostaban tanto los años, la bronquitis y el reuma, que sus amores devenían a una forma tan parecida a la amistad, que era la amistad misma.

La pareja, en aquel confidente que conocieron tan flamante y vivo de colores, envejecía castamente, mientras, despachurrado de tantas espera a Eros, desteñido, el confidente hacía esfuerzos por soportar, cada vez más pesados, los cuerpos de aquellos seres que ya no hablaban de amor.

En aquella época, para que un novio tuviera acceso al sufrido confidente, era necesario que hubiera estado aguardando durante diez años por lo menos, las más inclementes temperaturas. amén de contumaces chubascos e inmisericordes levantes. Desde la calle por supuesto, y manoteando una suerte de morse estrictamente confidencial, para entenderse con la Julieta del tercer piso, apoyada cómoda e indolentemente en su conjincillo carmesí.

Las niñas «por casarse» que habitaban en casas terre-

ras, tenían mayores probabilidades de «pescar novio» —era la expresión que se empleaba... y sigue...— que las que vivían en las de dos o más pisos. Y era que, a los novios de las primeras, cuando ya habían aprobado el bachillerato amoroso, se les permitía sentarse, junto al objeto amado, en una silla discreta, ciega, sorda y muda.

Cuando el embelesado Romeo percibía una ya harto conocida y reticente tosesilla «desde dentro», devolvía la silla y lanzaba a su futura una penúltima y flamígera mirada. Y digo penúltima, porque era de rigor, que al volver la primer esquina y desaparecer, nuestro galán girase en redondo, y con un palomear de manos y su más dulce sonrisa lanzase la postrera.

¡Oh tiempos sin prêmuras ni radios, bocinazos ni señales y luces de neón!

Cuando la tartana era dueña y señora y se enarenaba una calle porque a un señor de prez le dolía la cabeza.

¡Oh tiempos idos del dije, el guardapolvo, el quinqué y el guardapelos!

Y, sobre todo, de la casita terrera, casamentera.

* * *

Se oye el chirrido de una retranca, y la voz de un molido viajero que grita: gracias a Dios que «lleguemos».

Efectivamente lector, ya estamos en San Mateo.

Aquella temporada fue para mí de lo más delicioso. Y si añadimos a la dicha de sentirme en comunión con la Naturaleza—satisfacción del espíritu—la otra de no menos quilates de la salud del cuerpo, tendría que recurrir al aforismo latino de «mensana in corpore sono» para expresar con toda exactitud aquel estado de ánimo que me brindaron los dos más excelsos dones a que pueda aspirar la humana criatura; la paz del espíritu y la salud del cuerpo.

Mi padre le había advertido a Pancho Gil: nada de privilegios. Mi hijo será durante el tiempo que viva en su casa, como uno más de los suyos. Comerá lo que ellos;

dormirá donde ellos duerman; y le tocará su parte proporcional en los trabajos domésticos que ellos suelen hacer. Claro está, que toda las semanas se consignaba una misteriosa caja de vituallas, a la dirección de mi madre de leche. Pero he de dejar bien sentado —la verdadita de Dios— que el contenido de la caja se repartía equitativamente por partes iguales. Si no lo hubiera ordenado así mi padre, tengo la seguridad de que habría sido yo el que lo hubiera dispuesto.

La grey de los Giles, con el nuevo «Gil» adoptivo, se levantaba codo con codo con el casi siempre húmedo amanecer. Se barría el patio —a cada quisque se le tenía asignado una parcela— se hacían los preparativos para abrir el establecimiento; unos y unas pelaban las patatas o partían las estillas para alimentar el fuego —todos descalzos, por su puesto— y se giraba una visita al amplio gallinero para hacer acopio de huevos, y algún que otro día festivo para recoger a una víctima propiciatoria, y presunta candidata a la olla.

Todos estos trajines se hacían las más de las veces chapoteando, porque era rara la mañana que no amanecía de llovizna.

El desayuno consistía en una gran taza de leche pura y sin trampa; sabrosísimo gofio, y un trozo de pan, moreno y crugiente.

Después de la sabrosa y nutrida colación, venía el trabajo más fatigoso de todos: el acarrear el agua, la cual traíamos en unas viejas latas de petróleo, de una fuente que distaba como unos cien metros de nuestra casa. Al principio, ésta para mí abrumadora tarea que resultaba muy dura y la tomé con la natural prevención; pero según fui adquiriendo fuerza y recuperándome de mi debilidad, aquello se convirtió en un coser y cantar.

Después de haber cumplido con aquellas faenas y otras de menor monta que no merece la pena consignar, nos íbamos calle arriba hacia la Plaza de la Iglesia, o torcíamos por la otra esquina remontando la calle de la Calde-

reta. Al final de esta calle había un promontorio como de unos veinte metros, de rocas negras y calcinadas, al cual nos encaramábamos. Desde allí se divisaba una amplia zona de la isla, en la que se destacaban muchos caseríos y pagos, y al final, una parte del caserío de la Isleta. La inocencia de mi hermano de leche, Paco, —que emigró muy joven a América, donde murió— y de otro de sus hermanos, puede colegirse por lo que sigue:

Cuando estábamos en la cima del promontorio, yo les señalaba uno de los tantos pagos de los que desde allí se oteaban

¿Ves, Paco, aquel caserío? le decía —señalándoselo con el dedo— Pues aquello lo que ves es la Habana. Y aquel otro, Buenos Aires (Buenos Aires era lo que se divisaba del Puerto de la Luz. Y aquel, —proseguía yo— La Guaira.

Ni Paco ni su hermano tenían pizca de tontos; al contrario. Eran sencillamente unos muchachos inocentes que no habían pasado más allá del Madroñal. Como se reiría el bueno de Paco, años más tarde, cuando armó viaje a la isla de Cuba, y pudo comprobar lo distante que estaba la Habana de su querido San Mateo, que no volvió a ver más.

Mi temporada duró cerca de tres meses. Aquella vida un tanto dura para mi personilla, acostumbrada a otra tan distinta, muelle y blandengue, me fortaleció. Yo tenía todo el día ocupado en algun quehacer cuando no jugaba. Aparte de las faenas domésticas y mañaneras que ya he relatado, por la tarde despachaba en la tienda con tanta competencia y exactitud de pesos y medidas como el más celoso de los hijos de mi madre de leche.

Al anoecer estábamos todos rendidos, pero con ese cansancio natural que significa salud y no fatiga. Nos acostábamos muy temprano, y dormíamos nueve horas de un tirón.

Me repuse por completo. Llegó por fin el día en que había de regresar a Las Palmas, entre alguno que otro lloriqueo de despedida de la buena Virginia.

El hijo más pequeño de mi madre de leche no había llegado aún a este mundo. Pero no puedo menos de contar una anécdota de él, sucedida unos años más tarde.

Fue una ocasión en que mi padre armó viaje a San Mateo, para no sé que diligencia de su profesión, y me llevó consigo. Después de cumplida aquella misión, fuimos, como no, a visitar a Pancho y Virginia y toda su cohorte, ya aumentada en una o dos unidades.

A mi padre le cayó muy en gracia uno de los muchachos, despabilado como había pocos, y a pesar de sus pocos años, con unas explicaderas y un tal pico de oro que daba gusto de oírle. Le hizo algunas preguntas a las que supo dar cumplida contestación, y Don Domingo, muy seriamente le dijo: tu llegarás a ser alcalde de San Mateo. Todos nos reímos de aquel inesperado vaticinio.

Cuatro o cinco lustros más tarde, no puedo precisarlo, se cumplió aquella profecía.

UN VIAJE ULTRARAPIDO

El viaje de regreso a Las Palmas con mi padre, fue de lo mas pintoresco. Los vetustos carricoches de tracción animal ya habían sido desterrados, y en sustitución resolaban sus deletereos gases los primeros «coches de hora» de la casa Melián. Las carreteras, con sus baches y sus polvajeras, sí que no habían cambiado un ápice.

El coche salió—como era costumbre—una media hora larga después del tiempo prefijado. Entre los viajeros recuerdo a un alemán rubio, fuerte como un castillo, de ademanes muy nerviosos, y a las dos hermanas sarmentosas y avellanadas del cura. Iban vestidas de riguroso luto. Por fin, y después de vanos intentos del «chofer» para poner el asmático motor en marcha, partió el coche dando saltitos, comentados con un «carramba» por el robusto alemán. Un kilómetro más abajo, a la altura de la «Veguetilla», el motor se declaró en huelga y tuvo que apearse el «chofer» para volverlo a poner en marcha. Trabajo le costó pero salimos.

Antes de llegar al Madroñal, nueva parada para recoger dos cacharros de leche.

—Son para los Garcías de la calle de los Reyes, Paquito, y no para los del Callejón de los Majoreros, que el otro día se equivocaron.

Esta recomendación la hacía una de las dos «magas» que esperaban junto a los cacharros.

Paquito era el «chofer». La otra «maga», rojas las mejillas como una amapola, le entregó una receta a Paquito.

—A ver si la puede traer mañana, Paquito. ¡Ah! y ya se me iba. Qué no se le olvide el unguento Bonello. Es «pa» Casa Bojar».

Otro «carramba» del alemán, y prosiguió el viaje.

Al llegar al Madroñal, se nos agrega un nuevo pasajero. Se trata de Don Felipe Marrero y Marrero, que viene enfundado en su inseparable gualdapolvo.

Don Felipe Marrero y Marrero era un hombre que estaba identificado con aquella inefable prenda. Imposible comprender a uno, sin la otra. Si Don Felipe Marrero y Marrero hubiera vivido en un país impolvo, como Galicia, su vida no hubiera tenido razón de ser.

Se recogen dos nuevos cacharros de leche y se sigue viaje hasta la nueva parada en Santa Brígida, si no aparece otra receta, «pa' Casa Vernetta».

La polvajera ya ha hecho de las suyas, haciendo la felicidad de Don Felipe, y las dos hermanas del cura, vestidas de riguroso negro, ya están de medio luto.

En Santa Brígida hay una larga parada. Algunos viajeros se apean para jugar una partida al tute subastado. Otros para calentar el gaznate con unas copitas de ron marca «La Rueda». Las dos hermanas del cura se dan un «salto» a la Iglesia. Media hora mas tarde ya estamos los viajeros en nuestros asientos.

A la salida de Santa Brígida notamos un cambio de tiempo. Apenas si se mueve una hoja. Hay un polvillo en suspensión que acorta la distancia y seca las fauces. Las libaciones han desatado las lenguas y sube el tono de la conversación. Don Felipe Marrero y Marrero opina que se está presentando un levante, y que ya le dirán a él cuando lleguemos a «Pico Viento».

Cruzamos San José. Hasta aquí y desde Santa Brígida, sólo tres paradas para recoger tres lecheras y un racimo de plátanos.

—Es para Don Bartolo, el cura de Tafira, Paquito.

—Tá bién, Mariquita.

Y llegamos a la Plaza de Doña Luisa, donde baja el cobrador.

—Es un momento «na» más— explica —mi «cuñá» que está pa'dar a luz. Es en la casilla terrera esa.

El «chófer» aprovecha la ocasión para comprar «fós-

foros» en la esquina «corta» ca'Inesita. Pasan cinco minutos. Regresa el cobrador.

—¡Na! una hembrilla— comenta —y nos deslizamos cuesta abajo.

—¿Qué le dije?— es la voz de Don Felipe. Efectivamente el viento sureño empieza a declararse.

Dos lecheras más. ¡Caráy! ¡Parece que estamos en Suiza! Ahora es la voz de Periquito Flores, corresponsal en San Mateo del «Diario de Las Palmas».

El alemán no hace más que consultar el reloj. La polvajera le ha comido las pestañas, y a cada parada me dice: en mi país no se «compriende» ésto.

Pero aun no habíamos «gozado» lo más sabroso. Nos hemos parado ante una cancela de lo más pretencioso, de la que parte un camino de caracolillo que termina en un caserón de marcado sabor canario. De la cancela a la casa puede haber unos cincuenta metros. Se acerca un capataz al Chofer:

—Don Francisco que sale de seguida.

El alemán consulta otra vez el reloj y masculla una «carramba, carramba».

Un pasajero lanza un «no hay derecho», ante la general indiferencia.

Por fin aparece Don Francisco en la puerta del caserón, dispuesto a recorrer los cincuenta metros que nos separan. Viene andando pausadamente, con toda dignidad y circunspección.

¡Son muchas fanegadas de plátanos, caballeros!

A mitad del camino se para a dar órdenes a un jardinero. El jardinero, por saludo, se ladea la cachorra. El alemán se ensaliba, impaciente, los labios, y Don Felipe no le quita el ojo al bien cortado guardapolvo de Don Francisco.

—Seguro que es de La Palma. Es de seda cruda—comenta en voz alta—.

Con toda calma, Don Francisco ha rebasado la cancela. Todos suspiramos. El motor comienza de nuevo a

roncar. Paquito mete un cambio pero Don Francisco ha levantado un brazo y pronunciando un ¡alto! conminatorio, que nos hace mirar a todos para la casa.

¡Lo que faltaba! la señora de Don Francisco acaba de aparecer en el umbral. Es enorme de gorda, y pugna por salir de la puerta con dos grandes bultos bajo el brazo. Consigue al fin, zafarse, y después de dar órdenes al jardinero—que se ladea la cachorra para el otro lado—se dirige hacia el coche con manifiesta indolencia y tardo paso.

—(El alemán) ¡carramba, carramba!

Llega la exuberante señora, y encima, un viajero le ha cedido el puesto. La señora de Don Francisco ha musitado secamente un «gracias».

¡Son muchos tomates con agua, caballeros!

Partimos nuevamente. El aire se hace más espeso. Parada en Tafira Alta. Se baja el racimo de plátanos para Don Bartolo, que ya comienza a madurar. Al alemán le está saliendo la barba.

Llegada a Tafira Baja. Parada en casa de Vicentito para comprar los famosos chorizos, y ya estamos en «Pico Viento». Tenía razón don Felipe. Se levanta un polvajero que no hay guardapolvo que lo aguante. Don Felipe exulta de felicidad. Vuelve a estar en su ambiente.

La última cacharra de leche la hemos recogido en la «Gran Parada», más abajo del «Tanque de los Ingleses». Llegamos a Las Palmas a tres horas de nuestra salida. Parecemos obreros de la carga blanca.

Horas más tarde, paseando por el «Camino Nuevo» divisé a través de la ventana de una fonda de tres al cuarto, a don Felipe Marrero y Marrero, «sonando» su sopa de fideos y enfundado aún, ¡no faltaba más! en su imponderable guardapolvo.

EL MEDICO DE CASA

Por aquella fecha, uno de los personajes que más me fascinaron fue el siempre recordado don Ventura R. Doreste. No tenía yo, ni con mucho, la suficiente capacidad ni cultura para comprender y sopesar sus méritos, pero emanaba de su recia personalidad, y sobremanera de su contextura humana, una especie de filtro mágico que poseía el don de adueñarse e inmantar a todos aquellos que tuvimos el privilegio de conocerle.

Su voz grave de bajo era de lo más persuasiva, y sus ademanes nobles y pausados delataban al gran señor, al de la más rara estirpe; al que sabe subir a los castillos sin menoscabo de bajar a las cabañas.

La amistad de don Ventura con mi padre, —y dejemos a un lado el parentesco— era de lo más entrañable. No puedo resistir la tentación de entresacar algunos párrafos de la crónica que publicó unos días después de su muerte: «Muere sin dejar un libro este hombre que siempre tenía algo que decir, porque no dejaba un momento de pensar. Nos queda, eso sí, el recuerdo de sus pláticas, gozadas en plena calle, al azar, prodigadas sin tasa, sazoadas, luminosas, salpimentadas de una agudeza original.

Hizo mucho bien este hombre. Seguramente se le llora hoy en muchos hogares con lágrimas silenciosas. Silencioso era su humanitarismo. En un punto lo conocí intransigente: en cuestiones de justicia social. Impacable también con la corrupción administrativa. Su envergadura moral era toda inflexibilidad.

Hasta aquí mi padre.

* * *

Por las viejas y carcomidas esquinas de Vegueta, Santo Domingo, García Tello, San Marcos... solían encontrarse, allá a la prima noche, don Ventura y mi padre. Don Ventura apoyado en la pared, los pulgares en las sisas del chaleco, y a esta guisa dialogaban causticamente sobre los acontecimientos de la semana; sociales, políticos y familiares de la ciudad. Demás está decir que la más fina ironía, y las más agudas y fustigantes sátiras salpimentaban aquellos sabrosos coloquios.

La niña que atormentaba a la vecindad con el machaqueo del piano; el ciudadano que prevaricaba; el dolo encubierto: el negocio amañado; el soborno del funcionario... eran comentados «sotto voce» y sus fautores «vapuleados» con agudos y punzantes comentarios.

Yo solía alguna que otra vez, acercarme a ellos cuando estaban gozando de sus diálogos. Don Ventura siempre le decía a mi padre que yo tenía cara de artista y esto me llenaba de satisfacción.

En una de aquellas ocasiones me acerqué —fue en la esquina de San Ildefonso— y don Ventura que ya se despedía, acabado ya el «vapuleo» de turno, le dijo a mi padre:

—Domingo; hemos pasado un ratito agradable; no hemos hablado mal de nadie, y ahora vamos tranquilitos a recojernos.

¡Humorista que era don Ventura!

NUESTRO PARTHENON

Según íbamos creciendo, se nos iba ensanchando el área urbana de nuestras correrías, y ya nos acercábamos al Parque de San Telmo donde la marea llegaba entonces hasta la ermita, o nos encaramábamos al pináculo de los Riscos, para ver y tocar de cerca lo que siempre habíamos contemplado de lejos y como algo inaccesible; la «Casa de los Picos».

Porque la «Casa de los Picos» es el «Parthenon del Risco de San Roque», pese a la disimilitud en méritos arquitectónicos con el famoso monumento helénico.

Nuestra «Casa de los Picos» no es un modelo de belleza ni algo menos siquiera. Pero el amor, que nos convierte en sujetos de contemplación ante ella; herencia de nuestros padres y abuelos, vertió en nuestros ojos el jugo de aquella mágica flor del «Sueño de Verano», con que Puck y Oberon hicieron posible el amor de Titania hacia el hombre de la cabeza de asno.

Arquitectónicamente, la «Casa de los Picos» anda más cerca de Beocia que de la Hélade y Lutecia; y más cerca aún del gótico caído en sospecha del órgano.

Por algo fue un organista catalán acanarizado, su inspirador y casi su arquitecto.

Pero lo que nos importa es, que a la «Casa de los Picos» la queremos todos los canarios, y a mayor abundamiento los veguetenses.

Ella amanece la primera, porque la primera es en recibir al virgen rayo de sol de la madrugada, cuando aun la costa espanta el último celaje del alba. Y es ella la primera sonrisa que como una roja amapola se abre sobre el humilde caserío del Risco.

*Risco risquero mi Risco
Tarrillito de pastillas
Con tus casas encarnadas
Y tus puertas amarillas.*

Es la gran centinela de la ciudad, pero sin lombarda, ni clarines, ni adarga. Ni tampoco como los eternos monumentos de pórfidos y mármoles que sostienen con sus Atlantes, altivos arquitecturas; sino más bien como una buena ama de casa, sentada en lo alto, con su labor de calceta, presidiendo y dando ejemplo a sus hijos de tierra baja, para que ellos comiencen en la paz del Señor el sosegado trabajo del día.

Y también la amamos porque casi todos la vemos de lejos, como un espejismo: y salvo los que viven en su regazo, pocos la han tocado con sus manos. Es la siempre presente e intocada. Por las transversales de Vegueta, nuestro bermejo y humilde «Pathernon» se asoma arrebolado y maternal. Y lo amamos tal vez más, no por lo que tiene y es, sino por lo que nunca tuvo, tiene ni tendrá; ni fue, ni ha sido, ni habrá de ser.

Y amamos tal vez más esta casa, porque ella es modesta y discreta; y cuando se mira en el espejo del cielo no se encuentra tan hermosa como nosotros la encontramos.

¡Bendita la venda que a la par que nos cierra los ojos del rostro nos abre los del corazón.

SAN CRISTOBAL

Allá por el mes de Julio, solía ir mi familia de veraneo al simpático barrio de San Cristóbal. En aquellas tiempos, aquel caserío de pescadores era una delicia, por su aislamiento, y por el candor, la honradez y otras bellas cualidades que adornaban a sus bienaventurados moradores, los «roncotes».

El tráfico entre San Cristóbal y Las Palmas, casi no existía. Me refiero, claro está, al tráfico de viajeros. Porque procedentes de los pueblos del sur, discurrían pesados carros y carromatos de tracción animal, que ahí se iban en velocidad, con el de algún aprisado viandante. El servicio público de comunicaciones era nulo, y los veraneantes iban y venían de, y a la ciudad, a pie, o, como cosa excepcional en alguna desvencijada tartana. Si la memoria no me engaña, el viaje costaba una peseta. Por aquel entonces veraneaban varias familias de Dorestes en la manzana de casas situada frente al histórico castillo, donde hoy vive aún, desde hace muchísimos años, el catedrático de francés, más canario que asturiano, don Alfonso Canella. Nosotros habitábamos una encantadora y humilde casa de una sólo planta, en la parte más ancha de la carretera, que hoy se ha convertido — gracias al «Progreso» — en una especie de pasillo de Danzig o serventía de paso, que hubiera puesto en un apuro al orondo «Pancho Zepelín» de aquellos tiempos. La trasera de nuestra casa daba al naciente, y a unos pocos metros de ella, en el pedregal de la playa, se alzaba pétrea y desafiante al oleaje, la para nosotros famosa — me refiero a la chiquillería — «Peña de las Barrigudas».

Cuando subía la marea, —sobre manera en las grandes del Pino— nos subíamos sobre sus graníticos lomos,

caña en ristre, y daba gloria mirar en rededor, y ver como saltaban los barrigudos peces.

Para nosotros, los muchachos, no habian diversión que pudiera comparársele. Demás está decir que cuando no habia barrigudas, lisas, gueldes o pequeñas panchonas, por mor de la marea baja, nos dedicábamos a mariscar y a hacer acopio de gusanillos y lombrices para las ulteriores barrigudas que quisieran «picar». En las bajamares también la gozábamos de lo lindo chapoteando en los charcos y «estudiando» aquel mundillo, microscópico, trás el que veíamos y admirábamos la maravillosa y protéica creación de la Naturaleza.

Un buen día me pusieron los Reyes Magos una preciosa «linterna mágica», y yo no veía la hora de que llegaran las fechas de nuestro salitroso veraneo, para dar comienzo, en el amplio patio de nuestra casita marinera, a las «funciones» de cine —mudo y sin movimiento— con las que esperaba admirar a los «roncotes» de los contornos. Por fin llegó el día tan esperado, y a los dos o tres de nuestra llegada y una vez la casa a «punto» se dió en «sesión» memorable y gratis, la primera función. Los «roncotes» la llamaron, de allí en adelante, la «junción».

En aquella paradisiaca colonia de veraneantes, —integrada en su mayor parte por la prolífica «Dorestiada», —solía darse de vez en cuando alguna que otra fiesta. Recuerdo que en una de ellas (de disfraces) obtuvo *el primer premio* Bernardo Doreste Silva que se presentó con un epatante uniforme de cónsul de no sé que república sud-américa.

Pared por pared de nuestra casa, habia una especie de salón de baile —de alguna manera tenemos que llamarlo— conocido en todo el barrio por «Casa el Barbudo». El «Barbudo» era un mallorquín que lucía orgulloso un enorme «manejo» de epitelio córneo que le llegaba hasta la mitad del pecho. Hacía muchos años que se habia instalado en San Cristóbal donde contrajo matrimonio con alguna «Fariás» —supongo, porque mientras no se demues-

tre lo contrario, todo oriundo de San Cristóbal es un Farías—. El «Barbudo» tenía un genio tremendo, y hablaba un castellano endemoniadamente enrevesado. En el «salón de bailes», amplio y con piso de ladrillos, había una vetusta caja de música, con unos discos de metal y un juego de púas, que funcionaba echándole una perra por una abertura. Una de las cosas que más enfurecía y sacaba de quicio al mallorquín, era —y se lo hacían muy a menudo— cuando le colaban unas cuantas perras barbudas.

Contiguo al «Salón» estaba la tienda de comestibles (con profusión de bebidas que era el fuerte en las entradas del barbudo mallorquín). Los días laborables solían arribar por el barrio, en tartana y con las celestínicas cortinas echadas, algunos juerguistas trasnochados. Los indígenas estaban, o en el arreglo de sus trebejos, pescando, de marisqueo, o remendando sus artes de pesca. Pero los días festivos se desquitaban y el «Salón» se llenaba de roncotes que bailaban descalzos, presionando suavemente la mano enguantada en primoroso pañuelo de seda, —era de ritual— sobre la quinta lumbar de sus salitrosas Dulcineas.

Recuerdo que un lánguido atardecer —había calma chicha y el mar parecía de plata— llegó a nuestra casa cierto personaje que a mí me pareció muy interesante. Yo fui el que salió a abrirle la puerta, y él me preguntó por mi padre. El visitante venía vestido de un modo muy original, y tocado con un «jipijape» que le daba un aire exótico y llamativo. Salió mi padre, y en cuanto se vieron —mi padre sorprendidísimo— se abrazaron con verdadero afecto y como conmovidos. De allí se fueron a casa del «Barbudo», y yo me quedé muy intrigado. Más de una hora tardó mi padre en regresar, y como viera que yo le interrogaba con la mirada, me dijo: es un viejo amigo. Acaba de regresar de la Habana, donde ha escrito un libro encantador: Un Canario en Cuba.

Fue aquella, la primera vez que tuve frente a mí a Francisco González Díaz.

Un acontecimiento, funesto para la vida artística y cul-

tural de nuestra ciudad, fue el incendio del antiguo Teatro «Pérez Galdós». Lo contemplamos aterrorizados, desde las terrazas de la casa de los Dorestes, frente al viejo castillo en ruinas, que parecía decirle al siniestrado Teatro: «tú eres de madera. Yo soy de piedra y te sobreviviré.

Al principio, no sabíamos de lo que se trataba, ni nadie pudo localizar el incendio. Todo eran conjeturas. La noche estaba cerrada y las llamas daban la sensación, vistas a más de dos kilómetros de distancia, de que estaba ardiendo un barrio entero de la ciudad. Tuvo que pasar una media hora larga para enterarnos que no se trataba de un almacén de paja o de una casa de vecinos, sino de algo tan irreparable como nuestro querido e insustituible Coliseo. Aquella noche funesta, ninguno de los veraneantes pudimos, como se dice vulgarmente, «pegar un ojo».

La temporada tocaba a su fin, y de esta vez, melancólicamente, para siempre, porque mi familia había decidido que en años sucesivos iríamos a veranear a Teror. Y así fue, efectivamente. Y desde aquella época, fue Teror la sede veraniega no solamente de nosotros, sino del resto de la parentela. La de la manzana de casas frontera al viejo castillo. A mí me dejó aquello un mal regusto y una acerba nostalgia en el ánimo. Yo sentía un irrefrenable amor por San Cristóbal. Me gustaba su iglesia minúscula por su sencillez enternecedora. La Plaza, tal como se entiende en los pueblos de tierra adentro, casi no existe en estos barrios de pescadores. Es la playa, o el pedregal, el que hace sus veces. En ella conversa el hombre tumbado de cúbito prono, sobre las piedras o la arena, junto al mar. El «roncote» no entiende del chismorreo bajo los árboles. No es bucólico el suyo. Mascullado en salobre germanía, tiende a confundirse con la marejada, y su voz bronca hace el dúo al recio lenguaje de los rebozos. Su plaza es la playa, y ella es también su «tapete verde» donde todo «envite» hace su habitación.

Característica curiosa de estos barrios pesqueros, es que la fachada principal de sus casas sea siempre de un

vulgar adocenamiento, y que se cuida —o se descuida— en la trasera, cara al mar, su ingenua y graciosa tipicidad.

Aquí del balconcito verde, del ventanuco sin jurisdicción, del poyo de piedra con sus macetas de geranios, y de aquel hueco que se abrió «donde convenía», y sin permiso del Ilustre Ayuntamiento.

Al zoco de estas trastiendas —que en puridad son las fachadas principales— retozan hombres, mujeres, perros y gatos, y hasta algún morrocoyo que se abre paso entre las piernas de la desnuda chiquillería.

El «roncote» no sabe nada de virus filtrables ni infiltrables. Pfeifer no existe para él. El constipado le es virtualmente desconocido. Lo único que puede preocuparle a a ese respecto, es la sardina de ley, que no se filtra, y la párvula que se cuele a través de la red.

Cosa buena y más que envidiable, es que el médico sea en estos barrios de Dios un raro visitante. Pero no lo es menos que el policía constituya para esta gente un ser más mitológico aún que la serpiente de mar. Y es que, tanto el uno como el otro no tienen en San Cristóbal nada que hacer.

El lector ha de tener en cuenta, que estoy hablando de un San Cristóbal que ya no existe, ni en el contenido (lo humano y espiritual) ni en el continente (lo urbanístico). Hecha esta aclaración, voy a terminar el tema con unas someras pinceladas, y empleando el pretérito.

El «roncote» era sobrio en todo. Hasta en sus libaciones. Y la carne, en él, no se convertía ni en ácido úrico, ni en enemigo del alma. Usaba de ella, proteica y venusíanicamente como Dios manda y sin mayores complicaciones. En amores era sencillo y biológico —sin saberlo— y cuando oía hablar de Otelo, se encogía de hombros y pensaba que eran cosas de negros.

Mientras nuestro «roncote» tenía su gofio, su trozo de queso, su caldo de papas, su pescado, su «pizco» de ron y su hembra; mientras era dueño de un cacho de bote, de un trozo de red, de un par de zapatos para colgarlos

al hombro el día del Santo Patrón; de una baraja -- también mancomunada-- retorcida como un caracol y con escamas; mientras tenía todo eso y abundaban las fulas de altura, los salmonetes y las sardinas infiltrables, nuestro hombre era un ser feliz.

¿Cabía mayor simplicidad?

* * *

Cuando nos despedimos de San Cristóbal --como veraneantes para siempre-- fuimos a vivir provisionalmente al solar de nuestros abuelos, en el número seis de la calle de García Tello, mientras se desocupaba un piso en la antigua calle de Avila.

BALTASAR LLARENA

No puedo fijar exactamente la edad que tenía cuando abandoné la escuela de la original Doña Nieves, pero debía de estar frizando en los doce años. Por entonces conocí a Baltasar Llarena, un personaje pintoresco y tímido que, a pesar de los años que me llevaba —iba por la frontera de los treinta— sellamos una amistad, que se mantuvo pura y sin mácula hasta su muerte. Hace ahora diez y seis años que «voló» al cielo (era un niño grande) y siempre perdurará en mi memoria.

Baltasar era lo que se dice un músico «ad nativitatem». Se leía las más difíciles partituras de ópera como cualquiera podía hacerlo con una novela.

Vivía en la calle de los Reyes, exactamente enfrente del antiguo cuartel de caballería, esquina a la de García Tello. Sentado tras una ventana de tirillas, a rasero de la calle, se pasaba las horas muertas deleitándose en complicadas lecturas de arcáicos papeles musicales invadidos por la polilla.

El nexa de nuestra amistad, y su alcaloide, fue, naturalmente, el también apolillado harmonio de mi tío el beneficiado. Las primeras lecciones de armonía —una armonía al «oído» porque yo aun no había aprendido a solfear— a él se las debo. Gracias a él, supe distinguir lo que era una tercera, una quinta aumentada, una cuarta justa, y aun más, saber pulsar en el senecto instrumento los acordes de séptima ravelianos y los de novena de Debussy. También —y esto entraba dentro del anecdotario— que estaban rigurosamente prohibidas las quintas en sucesión, y que si Puccini las empleó en su «Boheme» en aquella escena de la nevada, fue para provocar en el auditorio una sensación de escalofrío.

Muchas cosas más aprendí de aquella gran alma pura e infantil, a pesar de su faquía y de sus bizarros mostachos.

Baltasar, pese a nuestra diferencia de edad, nunca supe si por distinguirme o por su timidez congénita, me trataba de usted. Tocaba el violín —sabía yo esto por terceras personas— con rara maestría, porque solamente una vez logré medio oírle, y eso, debido a que le sorprendí en su casa desprevenido, mientras ejecutaba un ária de Bach, encerrado a canto y lodo en su humilde habitación. El creía que como ejecutante no valía gran cosa, y no se dejaba oír de nadie.

Más adelante he de ocuparme de este original personaje, para quien no había otra cosa en el mundo que su anciana madre, la música, la amistad, y la hombría de bien.

Murió como un bendito, de una penosa y terrible enfermedad —para qué nombrarla— ¡Oh paradoja! el mismo día de Santa Cecilia, la patrona de la Música.

Esto sucedió treinta años después de habernos conocido, y al entierro fuimos exactamente doce personas. Doce personas que le seguimos hasta su nicho familiar, porque en aquel entierro no hubo deserciones por las calles transversales, ni esos esquinzos que suelen darse a los muertos por aquellos asistentes que sólo hacen acto de presencia por los vivos, y para «dejarse ver».

También aparecía por la habitación de mi azotea, al engodo del viejo armonio —que tocaba como yo el oído— mi amigo Juan Ramos, —su padre era entonces sacristán de nuestra Basilica Catedral—. El repertorio de Juan ahí se iba con el mío: «Un, dos, tres; cojo es (y lo que seguía). «Serafina la Rubiales» y otras lindezas por el estilo. Yo le devolvía las visitas en la calle de Santa Bárbara, donde vivía a la sazón. Y allí, en un magnífico piano «Broawood», nuevo y como se decía entonces, de muy buenas «voces», perpetrábamos nuestros «atentados» musicales con una agravante más: los tocábamos a cuatro manos.

En la casa de al lado vivía la familia de los Pulidos, algo más abajo de donde tuvo su taller de imaginaria nuestro gran Luján Pérez.

A Juan Pulido le llamábamos —entiéndase que familiar y cariñosamente— la «caja de turrón». Y era ello, porque no había una velada musical, concierto de aficionados, ni fiesta alguna (sobre todo si tenían carácter benéfico) donde no tomase parte la generosa y bien timbrada voz de nuestro popular paisano.

¡Quién iba a predecir entonces, que aquella «caja de turrón» habría de convertirse con el tiempo, alla por tierras de América, en una de caudales, de dólares y pesos bien rellena! Y que, en lo concerniente a grabaciones, había de dejar así de tamañito, al célebre Discóbolo de la Hélade.

SEGUNDA PARTE

Nuestra nueva casa en la antigua calle de Avila era de lo más vulgar. Se trataba de un piso muy cumplido, con todas las habitaciones en hilera menos las dos que daban a la calle. Suelo de mosaico, mucho cemento, y un antiestético balcón de hierro más o menos colado. Allí nos metimos provisionalmente, hasta poder conseguir algo mejor; y paro aquí en la descripción de nuestro nuevo domicilio, porque de seguir sería para denostarlo.

¡Qué diferente de aquella nuestra casita terrera!

Frente a nuestro número 7, en el 10, había una Sociedad que influyó mucho en mi afición a la guitarra.

Si la calle de Avila no era ciertamente una Avenida de Mayo, aquella Sociedad distaba mucho de ofrecer el cumplido mecanismo ni el «confort» del Gran Kursaal de Montecarlo.

Por faltarle casi todo, la Sociedad carecía hasta de nombre. Y por tenerlo casi todo, allí reinaban mano a mano, la pobreza y la felicidad.

Los socios apenas rebasaban la docena, y me atrevería a afirmar que nunca se dió el caso de que coincidieran todos, en espacio y tiempo, en el que nos vemos obligados a denominar, su Local Social.

El Local Social lo constituían una mesa, varias sillas, cantina, pizarra pautada para la enseñanza del solfeo, una alacénilla donde se guardaba la baraja, el dominó, ajedrez y los dados; amén del cabalístico libro de cuentas y los recibos de los socios. También había un minúsculo botiquín con yodo, esparadrapo, aspirina... y... ¡ejem! otras pócimas solo toleradas para mayores.

En la cantina —una especie de cajón con cerradura, fijado a la pared con dos alcayatas— no faltaba nunca la

botella de anís escarchado o ron con miel, y los impresionables bollos de Anita la de la Portadilla. Los virginios —los de antaño «amarrados por la cintura»— los palmeros y la bermontina para el encendedor de algún socio sibirita, completaban el surtido. Un sitio reservado para los instrumentos de pulso y púa, y ya está hecho el inventario del local, si pasamas por alto, adrede, un pequeño detalle; un adminículo de forma cóncava, disimulado tras un viejo cajón, por aquello de que el cuerpo humano contiene un tanto por ciento bastante elevado de hidratos.

Y ahora cabe, ya llegados aquí, preguntar:

¿Con cuántos salones contaba la Sociedad?

No intriguemos más al lector. La Sociedad estaba confinada en una sóla habitación con piso de baldosa, y sus proporciones no llegaban a cuatro por cuatro metros.

Cualquier cuarto de baño moderno, que se las dé de cuarto de baño, tiene un área mayor.

Pero esto no quitaba para que la Sociedad tuviera presidente, secretario, tesorero, cantinero, cobrador, presidente de recreo, vocales y hasta sus pequeñas e intestinales luchas por el «Poder». El avisado lector habrá adivinado, que alguno de los socios detentaba dos o más cargos de los anteriormente nombrados. El mundo de los «enchufistas» no es solo privativo de nuestros tiempos.

Los socios eran en su mayor parte, artesanos de los finos y modestos empleados.

Bien un zapatero «de los de a medida» —que estaba considerado entonces como un arte menor— bien un sombrero —especie desaparecida— de los que sabían darle «aire» al ala y ovalar la badana. También se contaba con un prestigioso profesor mercantil —Pedro Santana Brito— persona hoy muy conocida y estimada —que explicaba gratis, un cursillo de aritmética elemental, contabilidad, y desasnaba a algún que otro «fabeto».

En contraste con aquel minimundi, la Sociedad podía enorgullecerse de tener entre sus miembros al más eifé-

lico y corpulento mozo de la ciudad, consistente en la humanidad de dos metros y pico de Juanito Rojas.

Aquel gigante con alma de niño —Dios nos libre de que hubiera tenido el genio del «Veguero»— lo que tenía de alto se le iba también en cumplido (sin que lo cortés, en este caso, quite lo dimensional). Valdría, pues, en este caso, emplear el vocablo en sus dos acepciones. Porque Juanito Rojas era, bajo aquel su aspecto rudo y francote, cordial y cortés.

Como todo gigante, Juanito tenía por divisa la de «qué bello es el trabajo visto desde lejos», o aquella otra de «el trabajo es sagrado; no lo toques».

Y así fue ello, que en consecuencia, sus últimos años los pasó de loquero (el manicomio estaba por aquellas fechas emplazado en la misma calle), y hay constancia de que nunca tuvo necesidad, para reducir a los dementes furiosos, de recurrir a la camisa de fuerza.

Juanito nos sorprendió a todos, muriendo tuberculoso, en plena juventud. Sus manos eran, por lo visto, mayores que sus pulmones.

Allí, en aquella Sociedad, de cuyo nombre no puedo acordarme porque no lo tenía, comenzó mi afición a la guitarra, y fue en ella de «visú», donde recibí mis primeras lecciones.

Dirigía entonces «La Florida» el que fue magnífico guitarrista, Aurelio, que luego tuvo una minúscula barbería en la calle de Triana.

La Florida no fue nunca superada en su época por ninguna rondalla. Ni en su época ni después. Hace unos años, se dieron unos pasos más, en calidad y número, con la orquesta de pulso y púa del «Club Victoria», absurda y tristemente desaparecida, para bochorno y sonrojo de la ciudad y de las entidades de carácter turístico. ¿No saben estas entidades, que manejan millones, que teníamos en Las Palmas, mantenida con un presupuesto irrisorio, una de las mejores orquestas españolas en su género, si no la mejor?

Pero... ¡tate, bolígrafo! sé prudente y continúa.

La Florida, aparte de Aurelio, constaba de cuatro miembros más. El primer bandurria, que lo era Salvador Perdomo, muy pulcro él en el vestir y el más guapo mozo, no sólo en el recinto de la Sociedad, sino en una gran parte de sus aguas jurisdiccionales. Más adelante cambió de instrumento y comenzó a estudiar la mandolina.

Yo le decía a Salvador —ya padecía la manía de los chistes— que la mandolina era una bandurria en estado interesante.

De segunda bandurria actuaba un tal maestro Pepe, y según mis recuerdos, era el único socio que estaba casado, y el de más edad, con gran diferencia, de todos ellos. De laúd, Farray —creo que tenía una panadería— y de segundo guitarrista un tal Pepe Rial, pequeñejo, muy miope, y que sin ser un Aurelio, ni mucho menos, cumplía con el papel que se le había encomendado. Este Pepe Rial tenía una hermana —vivía en plena Portadilla de San José— muy buena moza, que poseía unos andares que encendían las miradas de sus incontables admiradores. Pepe Rial emigró un buen día para tierras de América, y por lo que a mí toca, nunca he vuelto a saber nada de él.

Si el mundo es un pañuelo, ¿qué cabría decir de aquella comprimida Sociedad?

¡Cuántas cosas cabían y se podían hacer dentro de tan estrechos límites, y en una Sociedad que hasta ancha le venía la ese mayúscula!... Pero es que allí reinaba la juventud, la camaradería, la hombría de bien... y... una lucécita, siempre encendida, de ARTE.

LOS AMIGOS

Entre los numerosos amigos que visitaban a mi padre, recuerdo a aquel simpático Fernando Alfonso, su compañero de «juergas», y eterno y leal empleado de la Notaría de D. Agustín Millares. Las «juergas» de Fernando Alfonso y mi padre, salvo alguna muy rara excepción, tenían lugar dos veces al año. Una por la Concepción, en que iban a «correrla» por tierras de Marzagán, donde consumía cada uno un botellín de cerveza, entre las bocanadas de un delicioso «palmero», y a guisa de «tapa», un buen palmo de la clásica y sabrosa caña de azúcar, que en aquellas fiestas era de ritual.

La otra la festejaban por las vísperas de la Naval, trasladándose al Puerto en una tartana. Las libaciones eran las mismas; la cerveza, acompañada del puro. En cuanto a la «tapa», la caña de azúcar era sustituida por una lasca de pescado frito o una carajaca ¡No se explica uno como no enfermaron de cirrosis!

Rafael Romero decía de Fernando Alfonso que había que catalogarlo entre los amigos «zapatillas», dando a entender con ello que era un amigo cómodo, sin complicaciones en su trato. Un amigo que a todo asentía, que no solía llevar la contraria. Que si deambulando por la ciudad se le decía, vamos por allí, por allí iba. Si uno no tenía ganas de hablar, él respetaba nuestro silencio y callaba también. Unas verdaderas zapatillas caseras, de esas que no hacen ruido ni aprietan el pie. Exacto retrato el de Alonso Quesada. Por que así era el sosegado amanuense de Fernando Alfonso.

Otro visitante era Don Domingo Rivero, que imponía por su estampa de gran caballero español. Su silueta imponente, su apostólica barba y su indumento y pres-

tancia, le denunciaban enseguida como a un ser privilegiado. Las conversaciones que sostenían los dos —demás esta decirlo— eran de lo más puro y elevado.

También aparecían por nuestra casa Tomás Morales, Rafael Romero, y de tarde en tarde Francisco González Díaz. Yo les escuchaba siempre con respeto y admiración, sin decir esta boca es mía, y mucho aprendí, desde mi silencio, libando en aquellas cultas conversaciones purgadas de frivolidad. Los primeros versos que oí recitar en mi vida —¡y de qué manera!— a ellos se los debo.

Por aquella época no había yo aún sellado una verdadera amistad con Félix Delgado, del que hablaré mas adelante.

Un día apareció por mi casa un, para mí, nuevo visitante. Su porte rebosaba una recia personalidad; sus ademanes, algo bruscos, denotaban reciedumbre y voluntad. Luego me enteré que se trataba del Dr. Quevedo, que tenía fama de poseer un «ojo clínico» extraordinario, y también supe por añadidura, que la fama de su insuperable mosto había llegado a empalidecer la otra de la que tan merecidamente gozaba. Yo no recuerdo si la visita del Dr. Quevedo fue debida a la amistad con mi padre, o si lo que le llevó a mi casa fueron los quehaceres de su profesión. Lo cierto fue, que al despedirse, cambió con mi padre unas palabras sobre vinos y Malvasías.

Al día siguiente recibimos una cajita de madera, y en ella unas cuantas botellas del famoso mosto del Doctor Quevedo.

Aquel presente, que se escanciaba en casa como un rito sagrado, y en solemnes ocasiones, era una maravilla de néctar.

¿Dónde fueron a parar aquellos caldos que nos dieron fama y prez?

Shakespeare los exaltaba con frecuencia en sus obras, así como Julio Verne.

En la segunda parte de su «Robinson» Suizo, la simpática familia de Mr. Zemartt, cuando celebraba algún

acontecimiento, siempre ponía en la mesa el famoso Malvasía de Canarias.

En un muy sonado banquete internacional, celebrado en Norteamérica allá para finales del pasado siglo, cada país en él representado, seleccionó sus vinos nacionales de más excelsa prosapia. Francia alzó su copa con su «champaña» y su «Cható Margot». Italia brindó con su «Chianti» y su «Orvieto» opalescente. España, con su brujo Jerez. Portugal, con su dulce y ardiente Oporto. Y Norteamérica, no teniendo un «caballero de cepa» que pudiera tratarse, y menos medirse, con tan grandes señores, escogió... un vino de Canarias.

Poco más tarde, en la Gran Exposición de París, obtiene una primera medalla nuestro famoso vino de Quevedo.

Otro Dr., el siempre recordado Don Ventura, «recetaba» en las convalecencias, y en sustitución de algún anunciado y aquinado tónico, los super-caldos de su colega. Y es que Don Ventura, aparte de su intuición para el diagnóstico, poseía también un «ojo clínico» extraordinario para curar deleitando.

Aquella deliciosa vinoterapia —por otra parte tan vieja como la historia del hombre— fue agonizando a medida que se marchitaban las úberrimas, inclitas cepas, y se iban secando los odres generosos del Dr. Quevedo.

¡Descansa en paz, divino topacio! Cayado de convalecientes; desatador de lenguas; creador de versos; que das audacia al tímido; norte al incierto; al senecto brío, y pasión al yerto.

¿Qué mal sol quemó tus cepas? ¿Qué luna fría heló tus sarmientos?

¿Por qué las hojas de tu vid no cubren ya el pudor de las virgenes?

* * *

Pero de aquel visiteo de personas destacadas en las ciencias y las artes; en la cortesía y la buena policía en

el hablar, dos personajes han quedado gravados en mi memoria con indelebre huella. Me refiero a los hermanos Millares Cubas. Aquel sin par binomio donde se maridaba la rigurosidad científica con la fantasía artística, de tal forma, que la ciencia quedaba en cierta manera limada en su congénita aspereza por el arte, y éste, a su vez, sentíase alicortado en sus excéntricos vuelos por la condición de exactitud y equilibrio de aquella.

Una sola vez, que yo recuerde, coincidieron los dos hermanos en sus visitas a mi padre. Indistintamente en unas ocasiones Don Luis y en otras Don Agustín, siempre acudían desperejados.

La vez a que hago referencia, le contaba Don Agustín a mi padre, que durante la relación que le hacían los clientes de sus asuntos notariales, les paraba, a veces, para tomar algún apunte que el consultante, como es natural, lo relacionaba con el caso particular que le había llevado a la Notaría. La realidad era bien otra. Don Agustín había oído de labios del cliente —sobre todo cuando se trataba de gente del campo— algún vocablo canario o sabroso modismo que para él constituía una pequeña joya que habría de servirle más tarde para enriquecer su delicioso libro «Así hablan los Canarios».

Por cierto que aquella deleitosa tarde, mi padre les contó una anécdota que vivió en su secretaría del Juzgado, y que hizo las delicias de los dos hermanos.

«Una mañana se presentó en mi oficina un ciudadano todo vestido de negro, muy pulcro, con unas manos callosas y huesudas que le denunciaban de lejos como hombre de campo y de condición. Ante mi extrañeza, me dijo que en el asunto de «La Degollada» era él el delincuente. Se veía que era hombre de pocas palabras y no añadió nada más a lo que había dicho. Yo, cada vez más perplejo, le indiqué que el caso no era para resolverlo en Secretaría, y que se presentara al Sr. Juez. Se despidió de mi muy cortesmente, y se quitó el sombrero con un «que

Vd. lo pase bien». Yo me encogí de hombros, y quedé muy intrigado.

Al día siguiente, ante el regocijo de todos, se descubrió el pastel.

El asunto de «La Degollada» era un pleito civil de repartimiento de tierras, y nuestro hombre, que gozaba de serlo en toda la amplitud de la palabra, distaba mucho de ser un delincuente. Era sencillamente, un colindante de los que pleiteaban».

¡Qué golosina era para mí la visita de aquellos dos grandes hombres!

Y no digamos para mi padre.

FELIX DELGADO

Por aquellas calendas intimé con el que había de ser mi más asiduo amigo: con Félix Delgado. De Félix puedo decir que lo conocí siempre; y si se me permite el aparente contrasentido, diré que antes que siempre. Cualquiera que se ponga a ahondar en los recuerdos de su niñez y adolescencia, tendrá que convenir conmigo, en que muchos de los amigos que tuvimos, y seguimos teniendo, no sabemos a punto fijo cuando los tratamos por primera vez, ni donde, ni en que circunstancias.

A Félix lo conocí antes de nuestra mudanza a la calle de Avila, pero fue por ese entonces cuando aquel conocimiento adventicio y circunstancial, se fraguó en la amistad que luego cultivamos hasta su muerte prematura, durante la sangría española del año treinta y seis.

Félix y yo habíamos pasado el sarampión literario de aquellas lecturas por entregas, de Nich Winter, Búfalo Bill, Nick Carter, y aquella simpática pandilla de bandidos románticos capitaneados por Dick Turpin, Peter, el de las patillas rojas, Batanero, el negro, Moscarda y Tomás Rey. Seguíamos leyendo, eso sí, a Julio Verne, y a Emilio Salgari, y comenzábamos a entusiasmarnos con libros de más envergadura, tal vez algo indigestos para nuestra parva preparación: los Diálogos de Platón; Las Vidas Paralelas de Plutarco; Parerga y Paralipomena de Schopenhauer; Lo «Bello y lo Sublime» de Kant... y otros «platos fuertes».

En poesía nos entusiasmaba Rubén Darío, Amado Nervo y Alma Fuerte; A. Machado y Juan Ramón Jiménez; y entre los nuestros, Tomás Morales, Rafael Romero, Saulo Torón y Montiano Placeres. Y perdóneme el lector, si no están todos los que son.

A Félix lo que más le emocionaba era la poesía —y

es que en él había ya un fino poeta en agraz. Yo prefería la buena prosa, tal vez porque el mundo poético lo sentía más directamente a través de Shuman y de Chopin.

Los dos habíamos ya superado la época de los clásicos juegos infantiles, y comenzado la etapa del gran juguete que es el pensamiento. El cultivo de nuestra incipiente sensibilidad, que nuestras lecturas iba modelando, enfrió por un lado, y acrecentó por otro, la pasajera y circunstancial amistad que habíamos tenido con algunos muchachos de nuestra edad. Y era que había llegado el momento, por el que todos, en mayor o menor grado hemos pasado; el de la selección.

Aquel chico que era un lince, y nos lo disputábamos de «compañero» en el juego de los «huesos» de albaricoque, o aquel otro que en el fútbol era un Zamora en ciernes, y el esotro que corría como una ardilla en el «bate» y en las «cuatro esquinas», fueron perdiendo todo interés. Ni por mientes pueda creer nadie que existía en ello ni un ardite de desprecio. Era, sencillamente, que ya no teníamos puntos de contacto. Ni Félix ni yo podíamos cambiar impresiones ni estados de ánimo con la mayoría de ellos. Nuestro lenguaje les hubiera resultado incomprendible, como el de ellos a nosotros, que se circundaba, la más de las veces, a una léxico-jerga de peleas de gallos y de carneros. Había sus excepciones, —claro está— y ya saldrán a relucir en su momento oportuno.

Por ahora lector, date a pensar que han pasado unos años, muchos años, y ponte una mano sobre el corazón. Sobre todo si eres de los que nos motejaste de severos, fríos y pedantes cuando nos apartamos de los que habían compartido con nosotros aquellos juegos infantiles.

¿Quién había de decirnos a Félix y a mí, que aquella selección había de ser superada? Pero es más: ¡qué había de volverse al revés! ¿Qué aquel juicio habría de revocarse!

Sucedió, que al correr el tiempo, cuando en nosotros la razón —la fría razón— comenzó a ceder ante el sentimiento, muchos de aquellos escogidos fueron convirtién-

dose en unos simples «llamados». Aquel, hombre culto, una mala persona. El otro, erudito, hombre de Letras, de reconocido talento, egoísta, astuto y engreído. Y fue entonces cuando se nos abrió la aurora de una nueva etapa; de una selección. Y muchos de aquellos que la vida, los gustos, el cultivo de tal o cual disciplina o arte nos los habían distanciado, volvieron a nosotros y nosotros a ellos.

Y no porque se hubieran «convertido» a la literatura ni a la música, ni nosotros a sus gallos y carneros, sino porque nos había llegado —nunca es tarde— ese momento, ese trance que solo aparece en la vida de los hombres después de haber pasado por ciertos dolores y desengaños. Cuando el tamiz que usamos con ellos para valorarlos no es sólo el de su inteligencia, ni su maestría, ni los honores con que la sociedad y el mundo les haya premiado; sino su corazón, su bondad, su civismo, su leal amistad. Y esa nueva selección; esa sí que dura ya para toda la vida, porque es el sentimiento el que habla, y uno abre los brazos y dice: «ven acá, amigo de la infancia. Tomemos una copa juntos, y... ¿cómo estuvo esa pelea de gallos del domingo?

LA ESCUELA DE «LUJAN PERBZ»

Hacía tiempo que mi padre venía madurando la idea de una escuela de artes plásticas que se apartara del academicismo que entonces privada en esta clase de Centros oficiales. La idea de mi padre era muy amplia y revolucionaria para aquella época, donde un arte anémico y de dibujos a cuadrícula imperaba en las languidecentes academias. Aquellos Centros no tenían ni siquiera aire respirable. Recuerdo uno de ellos, situado en un sótano, lúgubre, donde jamás entró un rayo de sol, y alumbrado por agoniosas y oscilantes lámparas. Las clases eran de noche y duraban una hora, ni minuto más ni menos; y los alumnos se pasaban el tiempo en la copia de viejas láminas. Es decir: que traspasaban al papel, lo que ya otros dibujantes habían resuelto interpretándolo del original. De esta manera se conseguía, que cuando algún alumno ya «avanzado» se decidía a hacerle el retrato a su padre —pongo por caso— le plantase en el rostro la mismísima nariz de Cleopatra.

Mi padre consultó el asunto con algunos pintores de nota que no lo acogieron con el calor que él esperaba de ellos. Pero no se desanimó. La llegada de Don Juan Carló a la ciudad, en una de aquellas simpáticas arribadas forzosas a la isla, espoleó y le dió nuevos bríos para plasmar en realidad lo que hasta allí había sido un bello sueño. Después de muchas consultas, y de oírse el uno al otro, desechando esto y aceptando aquello, comenzaron a elaborar un plan general y como panorámico de lo que había de ser la futura escuela. Pasado un mes de estas primeras entrevistas, y después de unas gestiones de mi padre en busca del domicilio adecuado, ya había en el haber de la escuela estas cuatro cosas apreciables: tres

habitaciones en un amplísimo jardín; un profesor, y un nombre: LUJAN PEREZ.

Poco tiempo después, la escuela comenzó a funcionar. Los primeros alumnos que pasaron por ella, aunque no puedo fijar su orden de prelación, fueron Gregorio López, nuestro gran escultor, hoy por tierras de Venezuela; Santiago Santana; Juan Márquez y otros. Años más tarde, no muchos, el alumnado se acrecentó con Plácido Fleitas, Oramas, Felo Monzón, Miguel Márquez, Simón y Domingo Doreste, Arencibia, Guerrita, Juan Jaén, Abrahán Cárdenes, Miguel Navarro, Juan Ismael y tantos y tantos que harían esta relación interminable.

También se enriqueció la escuela con la incorporación, como maestro de dibujo, del inolvidable García Cañas, finísimo y atildado caballero, arquitecto entonces del Ilustre Ayuntamiento y perteneciente a la más aristocrática bohemia, dicho sea en la más alta y bella expresión del vocablo. Y él, con orgullo, a sí mismo como bohemio se predicaba.

En el jardín de la escuela se levantaron dos modernos pabellones de techos muy altos y grandes ventanales. Toda especie de lámina era considerada como «tabú». Los dibujos se hacían directamente, tomando por modelo algunos bustos de yeso, o simplemente captando cualquier objeto por baladí y poco artístico que pareciese.

Así; una simple palmatoria; la hoja de un árbol; o la ecuación de un vaso con su botella; y a los doctros, el primer día de su aparición se les ponía delante nada más, y nada menos, que una caja de cerillas sobre una superficie cualquiera.

Dije nada más y nada menos a propósito. Porque en cierta ocasión, apareció por la escuela un muchacho que se había formado en aquellos Centros oficiales a los que he aludido anteriormente. Nuestro hombre traía en una carpeta una buena colección de dibujos, hechos por él, muy acabados y de un difuminado perfecto, —copiados de láminas, por supuesto.

Cuando Don Juan le puso la consabida caja de cerillas en escorzo, para que la dibujara, creyó que era una broma que le gastaban. Pero Don Juan muy serio, le insistió a ello. Púsose el muchacho a hacerlo, Don Juan se apartó para examinar otros trabajos, y al cabo de un rato volvió de nuevo, a ver como «iba aquello».

Efectivamente, lo que era de esperar: el dibujo estaba mal encajado. Don Juan trazó sobre él dos sencillas líneas, y las leyes de la perspectiva hicieron entonces su presencia.

El muchacho que era comprensivo, hizo al día siguiente una pira con sus difuminadas creaciones.

La escuela pronto se convirtió en algo más que una academia de dibujo.

Se empezó a pintar, a modelar en barro, a vaciar en yeso, tallar en piedra y madera, y hasta se instaló un horno para hacer cerámica. Esto último sucumbió en el intento, por falta de técnicos.

Pero además, la escuela fue también Liceo y centro de reunión de intelectuales de todos los credos y matices. La literatura, la poesía, la música, y todas las manifestaciones de la cultura y del pensamiento interesaban por igual. Mi padre daba todos los viernes una conferencia sobre arte, y uno de los temas que trató con más asiduidad y entusiasmo, fue el de la historia del Renacimiento italiano.

Entre los «alumnos» de la escuela que no pintaban, recuerdo a Cristóbal Cabrera, Juan Sosa Suárez, Francisco Martín Vera, Pancho Guerra, Adolfo Luján, Félix Delgado, Luis Suárez Morales, Mario Pons, N. Alamo, Pedro Perdomo y tantos otros más.

Un día, empezó a extenderse por la ciudad y especialmente entre la juventud, una epidemia literaria que causó muchos estragos en la sensibilidad y buen gusto de muchos devoradores de libros. El virus, que se multiplicó de una manera alarmante por todos los ámbitos artísticos, nos vino incubado en un libro escrito e impreso en Amé-

rica y cuyo sugestivo título, «Ibis», dió por aquellos tiempos mucho que hablar. Su autor: Vargas Vila.

Vargas Vila fue un maravilloso embaucador, genial en este aspecto, si se quiere; y casi nada más. Llegó a tener por miles, en todos los países de habla española, a sus incondicionales y fanáticos. Los puntos, comas y demás signos gramaticales los ponía a placer donde —¿mejor?— no, donde peor le parecía, o simplemente no los empleaba. Al principio de frase usaba siempre la minúscula. La prosa era retorcida, con una engañosa apariencia poética, de relumbrón, que llegó a encandilar hasta a muchos iniciados en las buenas lecturas. El virus, como era natural, hizo su aparición en la escuela, y mi padre se encerró toda una tarde en las Tenerías, se llevó allí el famoso «Ibis»; metió entre sus páginas unas cuartillas en blanco, y medio que se lo leyó de un tirón. En dingonal, claro está, como se suelen leer «esas cosas», y saltándose las hojarascas, que eran las más.

Al siguiente viernes, conferencia de Don Domingo sobre Vargas Vila. La escuela se llenó de gente. Lo de menos eran los alumnos. Mi padre comentó objetivamente la obra del sudamericano, e hizo una disección de sus valores, poniendo al descubierto sus falacias y todo el hondón de supercherías que aquel libro encerraba; añadiendo, de paso, que comprendía, en principio, y no le cogía de extraño, que cierta parte de la juventud, llegara a entusiasmarse por él y por la falsa originalidad de que el autor hacía gala.

Aquella conferencia fue muy comentada. Los oyentes se dividieron en un «Maura, sí» y en un «Maura, no».

Al cabo de unas semanas, de unos meses, ya no se volvió a hablar en la escuela de Vargas Vila.

Y copio aquí un párrafo de un artículo que escribió Juan Sosa Suárez a la memoria de Félix Delgado:

«Le recordamos menudo, bullicioso, decididor y a la vez arisco. Solía tener una sonrisa irónica, a flor de la-

bios, y fue, de por vida, un delicioso detractor de aquel anarquizante de la literatura que se llamó Vargas Vila.

¡Ayl ¡Cuántos Vargas Vilas de la pintura están hoy en día dedicados al arte abstracto!

* * *

Pocos días después de aquella conferencia de mi padre, ocupó la tribuna Alonso Quesada insistiendo en el tema Vargaviliano.

Don Alonso hizo una brillante apología de Gabriel Miró, por el que sentía verdadera admiración, comparando su tersa y castellanísima prosa, con la falsa y mistificada del escritor sudamericano. Aquella breve plática acabó con el escaso crédito que le quedaba aún al autor de «Ibis», y puso un R. I. P. —que aún perdura entre nosotros— sobre su obra.

A los pocos meses de abrirse la escuela, cayó enfermo de cuidado mi buen tío el cura. Aunque su habitación era una de las que daban al patio, se le subió al piso de arriba, donde el cáncer de la polilla tenía también postrado a aquel viejo armonio que nunca le oí tocar. A «titi» Juan le velávamos por turno los de la casa, y los hijos de mi tío Víctor.

Una noche nos tocó hacerlo a Félix y a mi, entre las doce y las tres de la madrugada. El resto de la familia descabezaba un corto sueño. Mientras yo no me separaba de la cabecera del enfermo, que hasta aquel momento no presentaba ningún síntoma alarmante, Félix se «tiró» un salto a la escuela para hacer un poco de café —la escuela era entonces la casa de todos, y para todo.

Cuando Félix regresó ya todo había acabado. Nada hacía sospechar que la muerte de mi tío fuera tan rápida.

Recuerdo que hizo un leve esfuerzo para incorporarse, intentó decirme algo, y aquel fue su último movimiento de labios. Yo apenas veía ya su yacente y franciscana figura. Un velo que humedecía mis ojos me lo impedía, y

también, como él, mis labios me negaron la palabra. Por fin pude articular, desde arriba, un ¡suban, suban!

Diez minutos más tarde ya estábamos todos los sobrinos ante el cadaver, acongojados y llorosos, porque, entre otros dones que el Señor le diera, mi tío tenía el de hacerse querer.

En cuanto a lo que nos dejó en herencia, consistió en dos onzas que constituían todos sus ahorros, un reloj de aquellos que llamaban «cebollas», y dos tomos, desvaídos y desteñidos por el uso, del Año Cristiano.

Aquella misma noche lo enterramos en el Panteón de los Canónigos y beneficiados de la Santa Catedral. Durante el entierro, iba yo al lado de dos canónigos que hablaban de mi tío. Agucé el oído y les oí contar una anécdota de él, de las llamadas de sacristía, muy sabrosa y salpimentada, y de la que hago gracia al lector.

A los pocos días del triste suceso, el viejo armonio, como en simbiosis con la muerte de aquel santo varón, se derrumbó definitivamente.

Nunca supe a donde fueron a parar sus restos sonoros.

UNA ANECDOTA DE DON JUAN

Después de haber leído un artículo de Juan Sosa sobre Maestzu, Don Juan salió disparado como una flecha hacia una droguería donde Sosa trabajaba a la sazón. Cuando lo tuvo enfrente, subiéndose y bajándose los pantalones por la altura del cinto —era peculiar en él, y en esto se adelantó a Cantinflas— le espetó:

—Vengo a decirte que eres un bagañete.

—Pero Don Juan —objetaba Sosa—.

—¡Nada! un bagañete. Mira que enfrentarse nada menos que con la figura de Don Ramiro. ¿Pero quién eres tú? ¡vamos a ver! Un pendejo recién salido del cascarón. Meterse con... ¡Vamos!

Y Don Juan Lanzó un par de bufidos de los suyos y desapareció dejando a Sosa sumido en un mar de perplejidades.

Aquella noche —nos lo contó el propio Juan Sosa al siguiente día— el articulista no se decidía a aparecer por la escuela. Temía que Don Juan arremetiera contra él en versión corregida y aumentada. Pero le tenía tal apego a la escuela, a aquel ambiente y a los buenos amigos que allí se reunían, que haciendo de tripas corazón, se decidió a ir y a aguantarse lo que viniera.

Entró un tanto cabizbajo, y al toparse con Don Juan le dijo éste:

—¡Hola, Juanito! ¿Qué hay de nuevo?

Estupefacción en Juan Sosa.

—Nada Don Juan; ninguna novedad. ¿Han venido los muchachos?

—Si, hombre pasa. Están en el jardín.

* * *

Así era Don Juan Carló. Un hombre de explosiones, pero que poseía la rara virtud de saber olvidarlas unas horas después de sucedidas. Y es que la memoria puede ser una maravillosa facultad —y los es— pero el olvido es más excelso, cuando no va aparejado con el desagradecimiento.

TERTULIAS

En la Plaza de Santo Domingo existían dos «Peñas» de rancia solera canaria. Una era la de Don Prudencio Moroles y Martínez de Escobar, en una habitación de la planta baja de su casa, en el testero que daba al naciente. Aquella «Peña» tenía un cierto sabor literario, aunque dicha sea la verdad, no eran literatos todos, ni mucho menos, los que la integraban.

La otra, mucho más modesta, y sin Domicilio Social, se reunía en uno de los antiguos bancos de piedra; para más señas, uno de los que estaban frente por frente al colegio de Doña Nieves. Allí solían darse cita, anochecido, mi tío Víctor —socarrón cien por cien— José Melián, V. Millares, sombrerero «de lo fino» —especie ya desaparecida— Félix Marrero —pasante de abogado— Agustín Alemán, Don Paco, y otros cuyos nombres —a pesar de que sus semblantes los tengo presentes— se me han olvidado.

Don Paco era todo lo que se dice un caballero. Su estampa tan sólo, prescindiendo de sus actos, bastaba para denunciarlo. Pero entre ciertas personas —de esas que creen que el llamar al pan pan, y al vino vino es el compendio de toda verdad— Don Paco era tildado de algo mentirosillo.

Yo quiero apear esta expresión a todas luces injusta y dura, y montar la de «sus fantásticos deliquios», que casa más con los hijos fermentados de aquella caudalosa imaginación.

Porque ya quisieran muchos escritores de hoy en día, de los ganadores de concursos, poseer estas cuatro cualidades con que la Naturaleza tan donosamente regaló a Don Paco: inventiva, ingenio, imaginación y fantasía.

Lo que le pasaba a Don Paco es que era un crédulo

de si mismo. Y era cosa de ver —y me atengo a los que en vida lo conocieron— su extraordinario parecido con nuestro Sr. Don Quijote.

Si una vez se despeñó por un barranco y salvó su pellejo gracias a que pudo asirse a un chorro de agua, fue cosa, no lo dudeis, que aconteció en el cogollo de su calenturiento cerebro, como cuando vió a unos burros que estaban mariscando.

Por eso, cuando se le oía asegurar con aquella dignidad y aplomo que constituían una de sus características, lo de los amores de un su gallo, con una gata, se quedaba uno unos instantes perplejo y en dubitación de si aquello podría haber sido verdad.

—Bueno; le espetaba el sombrerero «de lo fino». Usted sabe Don Paco, que los animales, pongo por ejemplo el perro... pues... (Aquí interrumpía otro de los contertulios que tenía guasa de la fina).

—Y el «bipedo implume», con su lenguaje articulado.

Todos asentían, mientras el sombrerero volvía a la carga.

—Así es, Don Paco, que si esos animales según usted, nacieron mitad ave gallinácea y mitad felino ¿como se exteriorizaban?

Y Don Paco respondía al guasón, con solemnidad.

—Pero caballero; cómo iban los animales a exteriorizarse?, kikirí-miau; kikirí-miau.

A veces Don Paco acudía a la «Peña» con gesto adrede-mente malhumorado, se sentaba silencioso, y no había medio de sacarle una palabra del cuerpo. Todos estaban en el secreto de que no había tal malhumor. Era un truco de Don Paco para que le «pinchasen», y es que Don Paco era un tanto mimoso, y como todo aquel que suele comer pecadillos contra la veracidad, poseía un alma infantil. Bastaba que le animasen y que los contertulios se fingieran pendientes de su «estado» y como condolidos de que su habitual facundia se hubiera anclado en el mutismo, para que Don Paco comenzase a reaccionar por gra-

dos conjutos hasta llegar a abrir la espita inagotable de su fantasía. (En aquella ocasión, el «pinchador» fue aquel famoso Agustín Alemán, que en los tiempos heroicos de nuestras polvorientas carreteras apostó que iría sin apear-se, en su cochambrosa bicicleta, desde el Hospital de San Martín, hasta San Mateo. Y ganó la apuesta. En el momento de la salida, destapó una botella de coñac que fue bebiendo al gollote por el camino. Al llegar a la meta, el líquido había mudado totalmente de «envase»).

—¿Qué mosca le ha picado hoy, Don Paco?

(La llamada por respuesta).

—Pero Don Paco, si continúa así nos vamos todos a la «durma». ¡Si esto parece totalmente un funeral!

Don Paco lanzaba un ya conocido resonguido, y esto significaba la señal para el ataque directo.

—Don Paco, insinuaba tímidamente mi tío; ¿es verdad lo que me contaron del hijo de su mayordomo?

—Y tan cierto que es.

—¡Caray! — saltó un contertulio de nueva echadura— parece cosa de cuento.

En mal hora lo dijera. Don Paco se levantó como picado por la tarántula.

—Yo no zoy hombre de cuento y ustedes bien que lo zaben.

El entremetido no sabía si meterse debajo del banco. Agustín Alemán interviene para limar asperezas; los demás mascullaron su «mea culpa», y Don Paco se va apaciguando, manos a la espalda, bufando y dando carreritas de arriba abajo hasta que se para, se queda mirando fijamente a un punto lejano, y comienza muy serio.

—Pues zí señores. El hijo del mayordomo se iba que era un guzto. Veinte años y cuarenta kilos de peso. Yo le dije que estaba anémico, y que lo que necesitaba era hierro. Y le aconsejé que chupara del zerrojo de la canzela de mi finca.

Pasaron tres mezes que estuve en Madriz (La ausencia fue de verdad, pero en Valsequillo) y al regrezo me

doy un zarto arriba y me zale a recibir un hombrón fuerte y colorado que daba guzto verle.

De buenaz a primeraz me zuerta un — ¿no me conoce, Don Paco?—

—Puez no, muchacho.

—Pos soy el hijo de Panchito, su mayordomo. Y gracias a usted vivo. Gracias al «jierro». porque estuve agarra... agarra.

—Y va caballeros, y me enzeña lo que quedaba del cerrojo, que era como mi muñecha de gruezo, y parecía un lápiz de los finoz.

* * *

Querido Don paco de gratisima recordación. Tus embustes no fueron pecados y Dios no te los habrá tenido en cuenta. Tu dijiste solamente *tu verdad*.

¿De quien iba a ser la culpa, si ésta no coincidía con el prosaico concepto que tenían de ella los hombres sin imaginación?

DOS TIPOS

La plaza de Santo Domingo era como el Corazón de Vegueta, y por ella, tarde o temprano tenían que arribar los personajes y personajillos de aquellos alrededores.

Entre aquellos «spécimen» de notoria originalidad, tenemos que sacar a escena al larguirucho de Juanito «Argumento». Las anécdotas de este tipo popular se podían contar —como decía cierto cazurro y habilísimo político del sur de la isla— «por cienés» y «cienes». Pero la mayoría de ellas, las más sabrosas —y de esto daba fe Don Ventura Ramírez— estaban reñidas con la letra de imprenta.

Juanito «Argumento» llevaba siempre, ya fuera verano o invierno, dos o tres chaquetas superpuestas, amén de algún que otro chaleco. De toda aquella bolsillada que parecía no tener fondo, Juanito extraía las cosas más extrañas e inútiles que cabe imaginar.

Aparte de algunas cajas de cerillas —algo anémicas por insuficiencia fosfórica— todo el resto de las mercancías que se sacaba de las faltriqueras, —él las llamaba pomposamente «departamentos comerciales»— pertenecía al reino de Maula.

En una ocasión en que esperaba yo a Félix en uno de los clásicos bancos de piedra, apareció Juanito, que a mí me pareció más gordo que nunca. (Era que había habido «renovación de mercancías»). Como él no admitía que le dieran limosnas, le insté para que me mostrara sus últimas «novedades». Empezó a urgar en los «departamentos», y extrajo, entre otras fruslerías, un almanaque atrasado, y unos cuantos billetes de una lotería que se había jugado el año anterior. Al preguntarle el precio de los décimos, del almanaque y de varias fruslerías de parecida vitola,

me contestaba siempre con la misma muletilla: esto, quince céntimos... y la voluntad. Aquello, veinte céntimos... y la voluntad. Bueno; Juanito, —le dije yo— deme ese décimo.

Y le puse un real en la mano. Entonces Juanito me objetó, muy serio: la voluntad son treinta céntimos.

Pero lo más famoso de Juanito «Argumento» fue su célebre y escalofriante «¿compra fóforos?»

Solía apostarse, después de anochecido, a la revuelta de alguna esquina alumbrada por macilenta luz, y el transeunte al intentar doblarla, se topaba de bruces con aquel hombrón que le espetaba al rostro su inesperado «¿compra fóforos?».

El esdrújulo lo pronunciaba Juanito con dobles eses, y al acento le daba una fuerza que hacía dar un respingo al pobre viandante.

Más adelante tendré ocasión de relatar algunas anécdotas de Juanito que tuvieron por escenario aquella recoleta y siempre añorada Plazoleta.

Un buen día desapareció Juanito «Argumento». Se había embarcado para Lanzarote, y ya no volvió a ver más su calle del Rosario, a unos pasos de la Plaza de Santo Domingo. Durante mucho tiempo los escasos transeuntes que al anochecer doblaban las esquinas del silente barrio, no volvieron a oír aquel estridente «¿compra fóforos?».

Años más tarde nos llegó la noticia de que Juanito había muerto miserablemente en un soturno tabuco de Arrecife.

El juzgado le intervino, cosidos en lo más profundo de sus «departamentos comerciales» unos cuantos billetes de a mil, que al revés y en contraste con los otros loteros que él vendía, con voluntad condicionada, estaban en circulación.

Otro personaje que también aparecía por aquellos contornos era «Mañeño».

«Mañeño» era hijo de un tal maestro Juan «leche», y físicamente ofrecía un aspecto opuesto al de Juanito «Argumento». Era pequeño, desmedrado de cuerpo y prieto

de color. A «Mañeñe» se le tomaba el pelo cariñosamente, y se le dedicaban bromas que a veces rebasaban un tanto el límite de la moderación. El las soportaba con resignada paciencia cuando no iban aparejadas de mala intención, y según de quien vinieran. Esto hay que dejarlo consignado, porque en ocasiones, a «Mañeñe» se le subía el santo al cielo como a cualquier hijo de vecino.

La boda de «Mañeñe» fue un acontecimiento inolvidable. La iglesia de Santo Domingo estaba hasta los topes, invadida por una multitud curiosa regocijada y expectante. Durante la ceremonia tuvo lugar una anécdota que dejó en pañales a todas aquellas de Juanito «Argumento», reñidas con la letra de molde, a las que he aludido antes. Corramos sobre ella la celosía de un púdico silencio.

Cuando «Mañeñe» entró a servir al rey, un cierto sargento, que ahí se iba en estatura con él, le espetó sin más ni más:

—¿Cómo me llamo yo?

«Mañeñe» humildemente le contestó:

—No sé, mi sargento.

—¡Pues toma! —y le plantó la gran bofetada en la cara.

«Mañeñe», medio tambaleante, se repuso y le dijo al injusto sargento:

—¿Cómo se llamaba mi abuelo?

El sargento, despectivamente le contestó.

—¡Qué voy a saber, qué voy a saber?

—¡Zas! —y «Mañeñe» le devolvió la bofetada.

La cosa se puso fea, pero parece que al coronel le hizo gracia aquello y todo quedó reducido, para cubrir el expediente, a quince días de calabozo.

Y es fama, que después de aquel incidente, las bromas que le gastaron a «Mañeñe» no rebasaron nunca el nivel de la prudencia y la moderación.

PACIENCIA

Uno de los muchachos que con mas asiduidad frecuentaba la escuela de «Luján Pérez», era Luis Muñoz. Vivía por aquellos alrededores y se pasaba la mitad del día en ella. La escuela se abría, virtualmente, cuando se levantaba Don Juan Carló, que habitaba las tres únicas habitaciones que tenía la casa. La que daba al jardín era el comedor. La de la calle hacía de sala de tertulias, y subiendo por una corta y empinada escalera, se llegaba a la de dormir.

Luis Muñoz, no creo que en todos aquellos años en que frecuentó la escuela, tomara una sola vez un lápiz para dibujar. Dios le había llamado por otros caminos: para ser dibujado y esculpido. Lo más significado de su aspecto físico era su nariz prominente. Luis Muñoz fue en la escuela el modelo de todos. Se sentaba muy pacientemente en unos de los banquillos y se mantenía quieto como una estatua todo el tiempo que requería la labor del artista.

Muchas veces podían verse hasta tres y cuatro alumnos dibujando o modelando en barro, al paciente y hierático Muñoz. Por todas las paredes de la escuela podían verse colgadas las efigies, las orejas, los perfiles, la recia y prominente nariz, y los vaciados en yeso de su busto que se hicieron por docenas.

Yo creo que Luis Muñoz, en su subsciente, se sentía algo así como entrando en la Posteridad. Y creo también, que estaba más vinculado y era mas consustancial con el espíritu de la escuela, que muchos de los alumnos que se saciaron de «inmortalizarle».

MAESTRO PEPE QUINTANA

La carpintería de maestro Pepe Quintana, estaba situada en la calle de Juan E. Doreste, casi pegada a la esquina de Reyes Católicos. Allí se reunían varios de los alumnos de la escuela de «Luján», siendo de los más asiduos Felo Monzón, Juan Jaén, Guerrita, Miguel Márquez, Gregorio López, Plácido Fleitas, Miguel Navarro, Oramas, Luis Muñoz, y también el conde de la Vega Grande que solía ir con frecuencia.

Téngase en cuenta para que no haya equívocos en la cronología de esta narración, que lo que voy a contarles sucedió unos años después.

Maestro Pepe era un artesano callado y mordaz de los que sabían sustituir su escasa cultura por una agudeza natural. Resultaba gracioso sin él proponérselo, y como todos los que saben callar, era sentencioso e intencionado cuando dejaba de hacerlo. Los muchachos que allí nos reuníamos para hacer tertulia teníamos a maestro Pepe en mucha estima, mientras charlábamos por los codos de todo lo humano y lo divino, desbarrando las más de las veces, en consonancia y consecuencia con nuestra iconoclasta y ardiente juventud, él apuntaba un clavo aquí, otro allá y garlopa garlopeando nos miraba de soslayo, sin ceder en su mutismo.

De tarde en tarde, un ¡yaaa! aprobatorio, o un ¡hum! que articulaba para su capote, nos daba la medida de la opinión que le iban mereciendo nuestras pláticas. No creo que le hiciéramos perder nunca, con aquellas conversaciones, ni un solo minuto de su concienzudo trabajo. Y digo concienzudo, porque Gregorio López, —que de esto estaba enterado como el que más— decía que maestro Pepe era un carpintero que sabía lo que se traía entre manos.

Alla al atardecer, a la hora de soltar el trabajo, maestro Pepe se ponía la chaqueta, se calaba el sombrero, y como si aquellas dos prendas hubieran sido confeccionadas con materiales retóricos, comenzaba a charlar y a resarcirse de su prolongado y voluntario silencio.

Ya empaquetado nuestro hombre, anudada su corbata y cerrada la carpintería, maestro Pepe tomaba el camino de su casa, a pie —vivía en las Tenerías de San Cristóbal— haciendo una parada discrecional, a la que hacíamos todos honor, en la esquina de la calle de los Reyes, donde tenían su amplia tienda de comestibles y una íntima bodega los hermanos Pérez.

Lo natural y cotidiano era que las rondas no pasaran nunca del tres ordinal, con sus correspondientes «enyesques». Pero algunas veces el demonio —o un ángel, ¡vaya usted a saber!— nos hacía guiños persuasivos para que continuásemos, y era entonces cosa de ver y oír, a maestro Pepe, inspirado y oyéndose a sí mismo en su brillante verborrea. Y es lo que él decía: con la tabla a darle a la garlopa. Con el ron, a la taramela.

Cuando llegaba ese momento de euforia en que suele hacer su aparición Orfeo, con su pánico caramillo, maestro Pepe se sentía tentado, indefectiblemente por la «Marina». Para él, toda otra música estaba de más. Y maestro Pepe, con una voz temblona y de lo más cómico, se ponía a cantar el «Costas las de Levante» «Marina donde estás», y lo de «Mi casa a flote, mi casa a flote».

¡Cómo te recordamos, maestro Pepe Quintana!

La última vez, o una de las últimas que coincidí con él y con algunos de mis amigos dilectos de la escuela de «Luján», recuerdo que fue por vísperas de Carnavales.

Ya se había pasado, y con mucho, del tres ordinal en las libaciones, y uno de los del grupo, —casi estoy por asegurar que fue Felo Monzón—, le preguntó a maestro Pepe:

--Diga, maestro Pepe. ¿De que se va usted a disfrazar en estos Carnavales.

—¿Yo? ¿Yo disfrazarme, muchacho? Cuando se va por la octava o novena copa de ron, se siente uno tenor, arquitecto, exportador, coronel, guapo, concejal, conquistador, accionista de la Presa de Arucas, y toda la pesca. ¿Yo? ¿Yo disfrazarme? ¡Zas!— y se largaba la penúltima.

En otra ocasión, apareció por la carpintería un borrachín de nariz pimentosa, cuyo nombre he olvidado, y que ostentaba el «record» de imbatido, en lo que concierne a los «talegazos». Vivía en los altos de no se que Risco, y era rara la semana que no sufría alguna aparatosa descalabradura por aquellas empinadas laderas.

Cuando maestro Pepe le echó el ojo encima, de raspafilón, —el pobre venía cojeando y con una venda en la cabeza—, le dijo muy serio: —Mira; (aquí su nombre) lo que tu tienes que hacer de aquí en adelante, es lo siguiente; y escucha el consejo de un amigo. Cuando vayas «parriba» subiendo, tu toma el ron de la marca que quieras, ¿sabes? Pero cuando vengas «pabajo» no se te ocurra beber ron marca «La rueda», sino del «Ancla».

* * *

Que Dios te haya designado en el Cielo, uno de los sitios más graciosos, maestro Pepe Quintana.

MUSICA MAESTRO

Las lecciones de guitarra que yo tomaba en la inominada Sociedad de la calle de Avila — hoy Sor Brígida Castelló — lo eran más bien de «visu». En realidad, yo fui como guitarrista y hubiera continuado siéndolo — si no es por Don Teófilo Morales y Martínez de Escobar — un autodidacta.

Don Teófilo, más que un concertista propiamente dicho, era un consumado profesor del difícil instrumento; un perfecto conocedor de su técnica y secretos. Vivía Don Teófilo en un soturno departamento, en los bajos de lo que es hoy la «Casa de Colón». Por aquel entonces, el que había de ser mi profesor de guitarra, en serio, no se las andaba muy a bien en lo tocante a la fiducia.

Mi padre me llevó a su casa para que me oyerá tocar, y después de haberme oído un par de piezas ejecutadas a mi manera, me corrigió la posición de la mano derecha, y quedó con mi padre en que comenzaríamos las clases a la noche siguiente. Estas clases las alternaba con las de solfeo que tomaba en la antigua Filarmónica, bajo la égida del venerable Don Bernardino Valle.

Don Teófilo conservaba un viejo Método de guitarra de un tal Pascual Roch, que había traído de Buenos Aires, donde vivió muchos años. Pascual Roch era de origen catalán, pero la edición de su Método se había tirado en la capital de la República Argentina. El Método estaba precedido de unas breves y substanciosas notas, a guisa de prólogo, en las que se daban detalles muy interesantes de los primeros concertistas españoles del instrumento y se hacían referencias a los guitarreros célebres — todos españoles por supuesto — que hicieron posible gracias a su arte y ciencia en la construcción, que la guitarra, pobre en po-

tencia sonora, llegara a adquirir aquella dulzura y embrujo que le es peculiar y que muy pocos instrumentos alcanzan.

El guitarrero más famoso entre todos los que florecieron en la pasada centuria —y esto es extensivo a las anteriores— fue Antonio Torres. Hoy en día, las guitarras de este gran artífice se cotizan a muchos miles de duros. En la Exposición Internacional de Barcelona —y esto va ya para los treinta años— estaba expuesta una Torres, en celosa vitrina, y su precio era de 150.000 pesetas. Parece que la adquirió un millonario norteamericano, que solía llevar al gran concertista de guitarra, Llovet, en su yate de recreo, y del cual recibía lecciones del bello instrumento. Antonio Torres era el Stradivarius de la guitarra.

Con Don Teófilo aprendí muchas cosas y fui depurando mi técnica que estaba plagada de errores de bulto. Gracias a que caí en sus manos antes de haberme resabiado.

Yo llevaba mi pobre guitarra que la compró mi padre en la ferretería «El Candado» por el irrisorio precio de seis pesetas. La marca de fábrica creo que era Ibañez Martín (Valencia).

La de Don Teófilo era una guitarra que se veía enseguida que había tenido mucha historia, y al clavijero de metal se le iba alguna que otra rosca. Su sonido era por demás agradable pero débil en intensidad. Mi maestro decía que debía de tener más de sesenta años, y la marca del guitarrero o «lutier» estaba oculta bajo una pátina en la que habían colaborado por partes iguales el tiempo y la incuria. Según Don Teófilo aquella guitarra, que él no supo nunca quien fue el que la trajo a casa de sus padres, estuvo muchísimos años en el desván, encerrada en su estuche y medio comida por el polvo.

He de aclarar lo que acabo de decir sobre su sonido débil en intensidad, y es que Don Teófilo, —ya apunté que no estaba muy allá en lo concerniente a la fiducia— la tenía afinada tono y medio o dos tonos más bajo de su ténitura real, aparte de que la encordonadura peinaba ya

canas, y las cuerdas de tripa estaban cuajadas de insonoros «padrastos».

Una noche, después de terminada la clase, le dije a mi maestro:

—Don Teófilo, ¿por qué no le quitamos esa encordonadura? Mire;— y le puse sobre la mesa, una que había comprado aquella mañana en el kiosko de Don Agustín Quevedo. Era de las llamadas romanas, y de lo mejor que entonces se fabricaba.

Fue un regalo de mi padre, naturalmente. Don Teófilo abrió los ojos tamaño, y en un par de minutos la guitarra estaba descordada. Lo que vino después fue algo maravilloso. Se puso Don Teófilo a limpiar el fondo del instrumento con una gamuza, lo colocó bajo el resplandor de la lámpara, y pudo leer —casi se cae de espaldas— el mágico título: Antonio Torres, Madrid, Mil ochocientos... el resto era ilegible. Don Teófilo —me dijo al día siguiente— no pudo pegar ojo en toda la noche. Cuando se le puso a la «Torres» su nueva encordonadura y al bordón y la prima se les hizo subir hasta el mi natural, la guitarra se quedó sonando como los ángeles.

Estando yo en Berlín, muchos años más tarde, en el 1934, le escribí a mi padre que hiciera las gestiones para comprarle la «Torres» a Don Teófilo, si estaba dispuesto a ello. Mi padre me telegrafió comunicándome que Don Teófilo le había pedido mil pesetas (la guitarra estaba ya muy acabada) y yo le contesté que estaba conforme. Semanas más tarde estaba yo en Berlín tocando —no vayan ustedes a creer que a J. Sebastián Bach— unas folías parranderas. Lleno de emoción, cerraba los ojos, y oyendo aquel son que me era tan familiar, y que me traía en sus ondas los gratos recuerdos de mi primera juventud, me creía que estaba por alguna de las calles de Vegueta, furrungeando un martes de Carnaval.

* * *

Llegó un día —Dios me libre si caigo en pecado de vanidad— y Don Teófilo me dijo:

—Bueno, muchacho. A mí me gusta ganar el dinero como debe ser. Yo ya no tengo absolutamente nada que enseñarte. Se lo dices a tu padre, y le añades que digo yo, que no has perdido el tiempo con tu profesor.

Y yo... me fui con la música a otra parte.

* * *

Poco tiempo después de aquella mi última clase con Don Teófilo, nos mudamos a la calle de Los Reyes. Nuestra nueva casa lindaba con la de unos parientes entre cuyos miembros había dos músicos: Fernando Doreste, que tocaba el requinto en la Banda Municipal, que dirigía Don Segundo Manchado, y Tomás, que a la sazón aprendía la flauta.

* * *

En los bajos de la casa nos reuníamos a hacer música, Tomás, Vicente Osa (violinista) y yo. Aquellos Carnavales, nuestro original trío causó gran sorpresa en la ciudad, y era solicitadísimo, sobre todo en las modestas Sociedades de barrio. Téngase en cuenta que entonces no había Radios, sino algún que otro estridente fonógrafo de los de bocina.

Nuestra nueva casa me enamoró desde que puse mis pies por primera vez en ella. Era de dos plantas, con un holgado patio a la entrada lleno de sol y umbría de parra, alegres habitaciones en la planta alta; una mansa escalera, ancha y con balaustrada de tea pintada de verde, un largo salón abajo que dedicamos para estudio, y una habitación que daba para la calle, donde mi padre instaló su despacho.

Era una casa para nosotros; sin vecinos ni escaleras comunales.

¡Qué felicidad!

Mi padre nos alquiló un piano, y yo, sin que por ello abandonase la guitarra, me fui entusiasmando con él. A mi me gustaba leer música a primera vista, cosa que en la guitarra es de todo punto imposible.

En la guitarra, cada compás, más aún, cada acorde, se convierte en un problema que hay que descifrar.

Es este instrumento, además, el único en que la melodía y el acompañamiento se ejecutan con una sola mano. Por eso es tan difícil.

Todo esto influyó para que me decidiera a estudiar seriamente el piano, y a considerar la guitarra como un bello entretenimiento.

Fue Isabel Manchado, mi primera profesora —muy competente, aunque no destacaba como ejecutante— y que era, además, muy simpática y optimista. A ella le debo los buenos y sólidos principios pianísticos que me inculcó.

Cuando estuve en posesión de una mediana técnica, mis autores predilectos fueron Chopin y Schuman. Con el polaco me inicié con algunos de sus Preludios; las «Escenas Infantiles» del alemán me enseñaron como se puede maridar la hondura y el sentimiento con el sencillez.

Tocaba también algunas piezas fáciles de Albéniz, unas cuantas Danzas de Granados, y el «Claro de Luna» de Beethoven, que solía ejecutar completamente a oscuras y me conmovía profundamente. Paso por alto algunas composiciones de mi propia cosecha que tuvieron la efímera vida de la improvisación, porque no fueron pasadas al pentágrama.

Pero el mundo fascinador de la Música; su tremenda y abisal dimensión que rebasa toda medida humana, me estaba aún por revelar: J. S. Bach.

Mi espíritu comenzó a bañarse de aquella inmensurable luz sonora, con el «Clavecín bien temperé —obra de estudio— y luego me empeciné mi técnica no casaba con el empeño hasta lograrla tocar a medias, con una fuga de más que mediana dificultad.

Yo no podía entonces expresar con palabras la emo-

ción que agitaba mis más sensibles fibras. Cuando la fuga comenzaba a desarrollarse sentía como una levitación de todo mi ser; como si el piano y yo, unidos en un demiúrgico abrazo fuéramos ascendiendo en el espacio, sin tiempo, a caballo de una alfombra mágica, para luego caer inundados en espasmos de divinidad.

Como decía más arriba, estas sensaciones que (valga la paradoja— de tanto espiritualizarse llegaban a hacerse materia, como en el goce de la carne y de ciertos sentidos) no podía entonces expresarlas con palabras. Tuvieron que pasar muchos años, para que yo las pusiera en boca de uno de los personajes de mi novela —inédita por supuesto— «Silencio en Hoya Capa».

Este personaje —el Dr. Steinbruck— es un musicólogo exaltado e idólatra de Juan S. Bach— ya se sabe lo que toda novela encierra de autobiografía— cuando habla de su ídolo, todo su ser se transforma y se convierte en una llama viva en la que parece que va a consumirse. A medida que va hablando, sube el tono de la palabra y el de los conceptos y ditirambos, hasta alcanzar el pináculo de lo pasional e infrahumano. Oigámosle:

Juan Sebastian Bach. Ecuación exacta del arte y de la ciencia. Ya pueden venir los modernos. ¡Inútil empeño! No se puede crear un nuevo cielo, ni un nuevo sistema planetario. Escojan ustedes una composición cualquiera de éste genio incomensurable. Una cantata.. una fuga.. Todas están creadas sobre los mismos principios; horizontalmente se irán sucediendo las melodías en sismográfico temblor, guardando entre sí una relación como la de las órbitas de los astros. Una melodía perseguirá a la otra como una sombra, sin rebasar nunca su matemática distancia. No hay eclipses en los sonidos, pero sí en los silencios.

Verticalmente, se oye palpitar la armonía del Universo; el orden del Todo; el devenir de los principios inmutables, germinando en deslumbrantes constelaciones de acordes; en motivos cometas que vuelven precisos en el momento

exacto predecido; mordentes que giran como satélites alrededor de notas planetarias; apoyaturas asteroides...

No hay fermatas, porque no existe nada desorbitado. Sobra lo romántico, porque no hay anhelo insastifecho sino consecución lograda.

Cuando termina una obra de Bach, sentimos como si el firmamento se hubiera repentinamente nublado. Con el último sollozo del órgano, se apagan las estrellas.

(Hasta aquí, el Doctor Stimbruck ha hablado serenamente; ahora comienza a exaltarse).

«Los demás músicos, los geniales incluso, pueden alcanzar las cimas de lo excelso, remontarse a las puras regiones donde no existe el lodo ni la carne; hundirnos en las trágicas, humanas pasiones; hacernos momentáneamente felices con sus tiernos acentos; sacudirnos con sus ritmos diabólicos; enardecer nuestra sangre con sus marchas triunfales; exaltar nuestro patriotismo con sus sonos guerreros; hacernos sollozar con sus patéticas; languidecer con sus nocturnos; ungirnos con sus plegarias; recrearnos con sus serenatas; santificarnos con sus Aves Marías... ¡Pero Bach es único! ¡Bach es sideral! ¡Bach es deífico! Ni antiguo ni moderno; no podrá ser superado jamás. Es como la luz del sol; si aumentase, nos abrasaría a todos, y la humanidad perecería irremisiblemente.

LOS BENEFICIOS

Los conciertos «a beneficio» de los artistas que, con más o menos méritos abrigaban la ilusión de abandonar la ciudad para perfeccionar su arte en Madrid o en el extranjero, en busca de más amplios horizontes, estaban a la orden del día. En la mayoría de los casos, sobre todo cuando se daban en las ciudades y pueblos del interior, el coeficiente benéfico quedaba reducido a una simple abstracción.

Cuando a mí me llegó el turno, fue en la ciudad de Telde donde tuvo lugar el primer concierto de esta índole que me dedicaron unos amigos, cantantes los más de ellos. No voy a relatar las peripecias de aquella velada porque casi no las hubo, y además me robarían espacio y tiempo para narrar lo que sucedió, en otras, donde éstas llegaron a rebasar los límites de lo grotesco, lo cómico, y hasta de lo dramático.

Del concierto de Telde me constreñiré a decir, que una vez terminado, sin pena ni gloria, la «caja» arrojaba un beneficio negativo, que don Domingo saldó unos días después en el Juzgado. Los cinco duros que se salvaron de la «quema» fueron liquidados a nuestro regreso de la Jerusalén del Sur, en casa de Juanito el «Rosado», para festejar el «éxito».

El segundo concierto tuvo lugar en la ciudad que viera nacer a nuestro gran Luján Pérez.

Ibamos, entre algunos compañeros más, Fernando González (el poeta de Telde, Marcial Martín (barítono), Tino Doreste (tenor), Fernando Peñate (tenorino), Félix Delgado (poeta) y el barítono Isidro Brito, que tenía una pañería en Triana, gran aficionado y que nos doblaba a todos la edad.

El salón que hacía las veces de teatro, debió de ser una antigua iglesia. En el testero de atrás, donde en los templos suele estar el órgano o el harmonio, existían unos ventanales, con rejas, donde, ante nuestro asombro, se asomaron unas cabezas un tanto estrafalarias, de las que no suelen verse en espectáculos teatrales, ni siquiera en las «cazuelas» y «gallineros». Eran los presos de la cárcel que lindaba con el teatro y a quienes se permitía de vez en cuando aquel esparcimiento.

Nuestro elenco tenía que hacerlo casi todo, porque apenas había personal.

Fernando González se instaló en la taquilla a despachar las entradas, cometido que desempeñó tan bien, que no parecía sino que había sido taquillero toda su vida. Unos minutos antes de comenzar el espectáculo y con unas pocas filas de butacas vendidas, aparecieron por la taquilla unos soldados. La entrada general costaba tres reales, pero a los sin graduación, que consultaron sus bolsillos, les pareció algo caro y se alejaron calle arriba. Entonces el poeta de Telde sintiéndose más cerca de Mercurio que de Apolo, abandonó la taquilla, se fue tras de los soldados, les ganó la distancia al llegar a la esquina de la Plaza y les espetó: les dejo las entradas en media peseta.

Los militares aceptaron.

Los poetas saben a veces descender del Olimpo, a las lonjas fenicias de Tiro y Sidón

A Fernando Peñate, que vestía muy atildadamente y era un verdadero «galantuomo», se le designó para cubrir el puesto de acomodador, que desempeñó a maravillas, sobremañera con las damas, que las había muy bellas. Y Félix Delgado se apostó en la puerta principal a recoger las escasas entradas.

Y comenzó el concierto.

Yo ejecuté algunas obras al piano, de Chopín, Albéniz, Granados y un preludio de Rachmaninoff. Los cantantes todos, sin excepción, tuvieron una feliz tarde. Hubo un insignificante lunar y fue que uno de ellos rozó, casi im-

perceptiblemente una nota. Entonces se oyó desde las alturas el canto de un gallo, tan maravillosamente imitado que no parecía sino que había sido emitido por emplumada criatura, se produjo una carcajada general, a la cual no pudimos sustraernos los que estábamos en el escenario.

La cosa finiquitó allí, y el concierto continuó para terminar con un brillante dúo de tenor y baritono que puso al público en pie... para marcharse, se entiende.

Los presos se hundieron en sus celdas, el público abandonó la sala, y media hora después, nos encaminamos a la Plaza principal donde estaba instalado el Casino. Durante esa media hora que nos quedamos en el teatro para el ajuste de cuentas, uno de nuestro grupo se nos había adelantado a aquella Sociedad y tirando con pólvora ajena (estaba su poquillo alegre) se dedicó a invitar a whisky, jamón serrano y al delicioso queso de flor, a varios ciudadanos que, en aquella ocasión, no hicieron honor al dicho de «a la moda de Guía». Total: que se mermó un tanto el ya de por sí enjuto beneficio que me correspondía.

El final de todo aquello fue que los últimos dineros se esfumaron en el bar del Casino, y que el bueno y comprensivo del Sr. Artilles, dueño de la fonda donde pasamos la noche, quedó en pasarle la cuenta (unos ocho duros) a mi padre.

A la mañana siguiente, cuando los madrugadores (yo no estaba entre ellos) se levantaron, pudieron notar que dos pájaros habían volado rumbo a Las Palmas sin hacer el menor ruido. Este «vuelo» lo hicieron en el primer coche de hora que salía a eso de las cinco. Los volátiles fueron Isidro Brito y Tino Doreste.

Cuando se habló de organizar un tercer concierto para recabar fondos, mi padre me llamó y me dijo:

—Oye, Víctor: Mira a ver si me calculas, poco más o menos, por cuanto me va a salir ese nuevo concierto a beneficio tuyo.

* * *

Pero el concierto de Guía, comparado con el que se dio posteriormente en la ciudad de Gáldar, quedó reducido a los inocentes límites de un cuento de Calleja.

Aquel «desconcierto» que apenas llegó a rebasar la mitad del programa anunciado, hubo de suspenderse, y no ciertamente por orden de la autoridad, sino por desorden y alboroto público.

¡Los «altistas», los «altistas»!, así vociferaba el auditorio poco menos que pidiendo nuestras cabezas.

Los «altistas» éramos Marcial Martín y yo.

A eso de las tres de la tarde, un domingo, nos dimos cita en la Plazuela, la caravana de amigos más o menos melómanos que se prestaron a acompañarnos y asistir al concierto. Eran, salvo alguno que se me pase por alto, Pepe Doreste, Felo Monzón, Juanito Ramírez de la Torre, Gregorio López, Félix Delgado, Tomás Miranda, Miguel Quevedo, Isidoro Torró, y aquel simpático Antonio el jorobadito betunero de la Plazuela que iba en calidad de mascota. El día fue de los más caluroso del año. Un auténtico levante de los tirajaneros. Uno de esos días en que las gallinas ponen los huevos duros. No es para descrita la sofoquina que hubimos de padecer Marcial y yo, enfundados en sendos «smokins», y emparedados en las replanchadas camisas y los torturantes cuellos de pajarita.

Partimos en dos automóviles, y a medida que íbamos ganando en altura, el levante se iba haciendo más inmisericorde. Cuando llegamos a Gáldar aquello eran las calderas de Pedro Botero. No se movía ni una hoja. Se veían algunos pobres pajarillos muertos debajo de los árboles. Los perros vagaban con un palmo de lengua. La sequeriza hizo estallar la prima y la segunda de mi guitarra, que hube de reponer y engrasar. Nos bajamos de los coches y fuimos a dar con nuestros jadeantes cuerpos a una tienda de comestibles frontera al teatro que participaba a la vez de una especie de bar.

Nuestros acompañantes pidieron «wisky» —era entonces la bebida de moda— Marcial y yo —había que compri-

mirse en holocausto al arte— tomamos un vaso solamente. Siempre hay un justificante para estos esparcimientos báquicos. Cuando hace frío proporciona calorías, y si el calor aprieta, la trassudación presta al cuerpo agradable frescor. Pero lo cierto es, que después de algunas consumiciones, la mayoría estaban en estado de destilación, y no digamos Pepe Doreste con sus cien kilos bien contados, que se había convertido en una regadera. Y que esto sea dicho con respeto a su intelecto y al buen funcionamiento de sus seseras.

En la cartelera del teatro estaba anunciado: Concierto por el afamado guitarrista V. Doreste y el no menos afamado barítono M. Martín. Después del descanso, unas partes de película cuyo título no se mencionaba. Yo llevaba como programa la famosa «Serenata Árabe» de Tárrrega, la danza quinta de Granados, la «Serenata» de Malat, una Isa de concierto (de propia cosecha) y algunas piezas más que no recuerdo. Marcial, el aria de «La Estrella» de «Tanhauser», el prólogo de «Pagliaci» y unas canciones de Tosti.

Comenzó a entrar el público, en el que podían verse algunas señoras y señoritas, pero que en su mayor parte asomaba el pelo de la dehesa y el trasunto a gañanía. El alzado del telón tuvo sus dificultades, porque por el teatro no apareció ningún empleado. Y, cosa extraña, el empresario brilló por su ausencia. Marcial por un lado y yo por el otro, comenzamos a tirar de los laterales, después de haber anunciado que el espectáculo iba a comenzar. Esto lo hicimos haciendo sonar una azada que pendía de una argolla y a la cual zumbamos con un pequeño martillo. Según iba subiendo el telón, que unas veces se hundía del hombro izquierdo y otras del derecho, el público entre risas y chacotas, iba viendo asomar, primero, dos pares de zapatos de charol, seguidos de otros dos pares de bien rayados pantalones de smokin, para continuar con las dos almidonadas camisas, los cuellos de pajarita, y como remate, las cabezas de los dos concertistas, injer-

tos en teloneros. Al llegar a este punto, sonó una ovación por todos los ámbitos de la sala, coreada por algunos aullidos y «aplausos» de zapatería, de las localidades altas. El concierto iba a empezar con los más halagüeños auspicios.

El piano estaba abajo, en el sitio reservado para la orquesta, y cuando yo terminaba, en el escenario, mi número de guitarra, tenía que bajar para acompañar a Marcial en el suyo. Esto lo hacía por una escalera improvisada que descendía a la sala. Yo ejecuté al principio una Danza de Granados y la «Serenata Española» de Malat, que fueron acogidas con aplausos, así como dos canciones de Tosti que le salieron muy bien a Marcial. Pero cuando bajé a acompañarle al piano el ária de la «Estrella» de «Tanhauser», la cosa cambió de cariz. Gran parte del auditorio comenzó a bostezar ostensiblemente y en las localidades altas empezaron a oírse maullidos gatunos, a dúo con algún rebuzno, tan bien imitados estos, que no parecían criaturas humanas las que en aquel lenguaje se expresaban. ¡Y tanto!

Yo le hice un guiño a Marcial, que él captó enseguida, y al terminar una de las frases de la romanza, pulsé un fuerte y terminante acorde y allí dimos por acabada la famosa Aria de Wagner.

El escaso elemento femenino, que seguramente acudió al concierto con las mejores intenciones, comenzó a desalojar la sala. Su intuición se adelantó a los acontecimientos. Algunos ciudadanos educados secundaron su ejemplo, y en el teatro no quedó más que una plebe que transcendía a establo.

Subí yo entonces al escenario con la esperanza de domesticar al zafio público con la «Serenata Árabe» de Tárrrega, anunciándola de viva voz porque no habían programas de mano. En cuanto pronuncié el nombre del autor, comenzaron a oírse unos estridentísimos

¡Tárrrrregal! ¡Tárrrrregal! ¡Tárrrrregal!
que parecían redobles de tambor. Entonces yo, jugándome

el todo por el todo, y dispuesto a ponerme a tono con aquella «Kábila», comencé a tocar una malagueña, a ver si Marcial, al cual no podía hacer señas, me cogía la intención. ¡Vaya si la cogió! Con la debida frescura que el caso requería, Marcial salió por «Aguilas que vais volando, dame una pluma por Dios». Al terminar, sonó una oración macerada con rebuznos, ladridos y cacareos, y las voces de algunos auditores que gritaban ¡Palmatorial ¡Palmatorial!

Aquello se había convertido en un pequeño parque zoológico, en el que en sustitución del león, la soberanía de la selva estaba representada por el asno.

Al principio no se nos alcanzaba a quien iban dirigidos aquellos gritos, pero bien pronto caímos en la cuenta. Era al pobre Antonio, el jorobadito betunero de la Plazuela, que no sabía como escurrir el bulto —y nunca más cabal expresión—.

Antonio estaba sentado en uno de los palcos, al lado de Pepe Doreste. Y aquí vino lo gordo —y tanto que lo gordo— mi pariente, que pesaba largos sus cien kilos, montó en cólera, bajó las escaleras, atravesó la sala, subió la improvisada pasarela, y desde el escenario se enfrentó con el público.

Hubo un momento de silencio y de expectación. (A Pepe Doreste le daba a veces, bajo ciertos estímulos, por una oratoria mitinesca barata y de relumbrón).

Comenzó poco más o menos así:

—Ciudadanos: ¡pobres de aquellos pueblos que no rindan tributo al arte! Más que por sus victorias guerreras, más que por sus gestas y riquezas, más que por su poderío etc. etc. (aquí se atragantó un poco, se enjugó el sudor que le destilaba por el rostro, y dando una patada en el tablado prosiguió) admiramos a esos pueblos por el arte que nos legaron.

(Uno del público)

¡¡Bieeén!!

—El arte es exceíso. El arte es divino. El arte es...

El arte es... el alma de los pueblos. Un pueblo sin arte es un pueblo muerto. Y para terminar (aquí nos persigamos Marcial y yo creyendo que había sonado nuestra última hora) y para terminar, yo os digo, que todos aquellos que no sepan apreciar, que no sepan sentir la música, son unos ¡cuadrumanos!

Pero momentaneamente no pasó nada, sino unos ¡bravo! ¡bravo! que se repita.

Una vez terminada su pecorata, mi pariente bajó muy digno a la sala y se encaminó al vestíbulo.

Entonces comenzaron a oirse unos ruidos extraños, alternados con unas voces que gritaban: ¡penículas! ¡penículas! Era parte del público que pedía la proyección de la película anunciada en la cartelera. Los extraños ruidos provenían de las localidades altas. Se trataba, sencillamente, de unos forzudos gañanes —en el teatro no quedaba ya sino el peonaje— que se dedicaron a hacer trizas las butacas del Anfiteatro y a lanzarlas por la borda a la sala. En el patio de butacas no quedó ni un gato. Marcial y yo nos escabullimos por un corredor con intención de ganar el vestíbulo. Pero una vez en él nos sentimos materialmente estrujados e impotentes en aquel mar embravecido que gritaba: ¡los altistas! los altistas!

A mí me rompieron el cuello de pajarita, y a Marcial le estropearon la brillante camisa, aparte de causarle varios «hematomas» textiles. Por fin pudimos zafarnos de aquella furia popular y nos refugiamos en unión de otros dos amigos de la caravana, en el Casino, que lindaba con aquel aciago Coliseo. En aquella Sociedad fuimos espléndidamente invitados por uno de sus directivos, que nos obsequió con whisky y profusión de emparedados. Se oían desde allí los estampidos que daban las butacas al caer a la sala, y lo extraño era, que aquel buen señor que tan amablemente nos había acogido y regalado, cuanto más arreciaba el estruendo, más contento parecía estar. Días más tarde, en Las Palmas, nos enteramos que aquel ga-

lante directivo era un acérrimo enemigo personal del empresario del teatro. ¿Comprendida la pregunta?

En el Casino esperamos a que llegara la Guardia Civil a la cual se había telefoneado, y no tardaron en aparecer dos números al mando del cabo Olegario. Al cabo Olegario se le tenía allí, no digo yo un tremendo respeto, sino un miedo cervical. No hicieron más que verle aparecer, y las tumultuosas aguas se calmaron como por ensalmo. El vestíbulo quedó solitario en poco menos de lo que canta un gallo. Le explicamos al cabo lo sucedido, y que la empresa no había hecho acto de presencia, y con la venia y beneplácito de su autoridad convinimos en llevarnos la caja de caudales. Esta era pesada pero portátil. Nos reunimos los dispersos amigos, montamos en los coches, y muy despacio nos encaminamos a las afueras de la ciudad. No contamos con que en algunas esquinas estaban apostados varios grupos, piedra en mano, con la santa intención de descalabrarlos. Llamamos con la bocinas, apareció el cabo Olegario con un número, y los grupos —por lo menos así nos lo pareció a nosotros— se filtraron por la paredes. El cabo y el número, —a ruegos nuestros— se montaron en los estribos y nos custodiaron hasta Guía. En aquella ciudad nos apeamos para tomar la penúltima, que bien merecida la tenían nuestros destrozados nervios. Se levantó acta de la cantidad que había en la caja, y vacía se la entregamos al cabo para su devolución. Luego, rumbo a Las Palmas.

Por el camino comentábamos, palpándonos los huesos milagrosamente intactos, que a pesar de los malos tragos sufridos, de los temores y sobresaltos, y de haber estado tan cerca del árnica y los esparadrapos, algo nos habíamos divertido. ¡Juventud, divino tesoro!

Así terminó —perdón— así *no terminó* aquel concierto de imborrable memoria.

UN DRAMA FRUSTRADO

Aquella semana había sido muy sangrienta. No estaba entonces nuestra ciudad acostumbrada a las jornadas dramáticas ni a las muertes violentas que más tarde proliferaron enromando nuestra sensibilidad.

La primera víctima fue el «Poliadas» que murió acuchillado en una encrucijada del «Risco». Lo mataron por miedo insuperable, «si no, nos hubiera matado él», declararon los autores del crimen. Un perro de los de pelea lo remató a dentellazo limpio.

Días después, en una casa esquina a la Plaza de la Feria, otro matón fue a provocar con amenazas de muerte a un su amigo o rival, el cual le contestó con dos certeros disparos. Su muerte fue instantánea. Ya se lo habían dicho muchas veces: tu morirás con los zapatos puestos.

Aquella semana había sido muy sangrienta.

Subía por la ladera del «Risco» Pancho Marrero. Pancho Marrero trabajaba de capataz en una finca de plataneras del Guiniguada. Era hombre sobrio y honrado. De pocas palabras y de mucho corazón.

Cantaban los gallos mientras las primeras veladuras del alba iluminaban la casa de los «Picos». Pancho Marrero subía... subía, y él solo estaba en el secreto de lo que iba a suceder aquella madrugada. Su perro «verdino» le seguía los pasos. Mientras lo acariciaba, Pancho Marrero se acordó del «Poliadas», y a seguido de su madre a quien adoraba por encima de todas las cosas. Sintió como un affurgo en el corazón y una amarga lágrima no pudo reprimirla su entereza,

Porque Pancho Marrero era sobre todo un hombre entero. Y subía despacio... despacio. Y él solo sabía el por qué. Pensó en su mujer, y en el «otro», y maquinalmente

apretó el mango de su cuchillo canario; el cuchillo de sus faenas de hombre honrado y cabal.

Esta noche... se dijo... y contra su costumbre, entró en una taberna y pidió un cuartillo de ron.

Pero no. Aquella semana no hubo sino dos muertes. Una en la encrucijada del «Risco». La otra en una casa, esquina a la Plaza de la Feria.

Aquella madrugada fue seguramente Dios el que derramó su gracia a través de lo más excelso que le ha sido dado a la criatura humana: la madre.

Pero... oigamos el romance que un poeta rimó aquel amanecer que estuvo a punto de alumbrar una doble tragedia.

ROMANCE DE PANCHO MARRERO

*Hacia los Riscos subía
En copas Pancho Marrero
Tan mal puesta la cachorra
Que mal parecía un sombrero.
En el cinto, su cuchillo,
A la derecha, su perro.
Pegaba tanto el levante
Que se fumaba el sendero
Y los charcos se bebía.
Iba todo él de negro
No porque tuviera luto,
Era cosa de familia.
Subía Pancho Marrero
Por San Nicolás arriba
Con su perro majorero
que le hacía compañía.
De la «Casa de los Picos»
Las alabardas se hundían,
En las carnes, de la noche
Besando la amanecida.
La luna estaba cuajada
Por el levante que hacía.
El perro no la ladraba
Que era perro que mordía.
Subía Pancho Marrero
Y ya estaba casi arriba
La Luna sudaba lirios,
Por el Levante que hacía.
Seis voces dió un campanario
Y se alumbró el nuevo día.
Sacó Marrero un cuchillo*

*De abolengo tan canario
Que sangre no conocía.
Todo un cuchillo labrado
Por los Batistas de Gula,
De la «Casa de los Picos»,
Los tres cuchillos herían
La piel de la madrugada
Que poros de luz tenía.
Pasó el dedo por el filo,
Del cuchillo y dijo: atisba
Que hoy vas a probar la sangre
Que hoy en día te desvirgan.
Salió de una casa un hombre
¡Estate quieto verdino!
Le dice Marrero al perro.
Ella con él me engañó,
Mañana habrá dos intierros.
Cuando te hunda en sus carnes
Verás al primer amago
Munar un chorro de sangre
Roja como la del drago.
Lontano un gallo cantó
Las calles estaban solas
La Luna ya en su agonía
Sudando estaba amapolas
Por el Levante que hacía.*

*En una casa terrera
se ve asomar a una vieja
Ladra el perro majorero
Con la cola haciendo fiestas.
Es la madre de Marrero,
Que al verla tan menudita
Tan triste y tan poca cosa
Se dice Marrero, ¡no!
No habrá sangre en buena hora
Ni desconchabos ni intierros.*

*Y mientras tu vivas, Madre,
Jamás hundiré esta hoja
Engañeme quien me engañe.
Que esas son cosas del cuerpo
que la tierra ha de tragarse.*

*Acarició el duro acero,
Y en la vaina de su cinto
Lo volvió a su manso encierro.
Más de mil gallos hervían
El aire con sus cantatas,
Mientras la vieja a Marrero
Esperaba hasta las tantas.
Huelga de estrellas había
Y en lo más alto del cielo
Un gran lucero esquirol
Sus platinos derretía
Albeando los senderos.
La Luna besó en la frente
A la madre de Marrero.*

LA PLAZUELA

Ya apunté en un anterior capítulo, que la Plazuela era nuestro Agora.

En efecto; de aquellas Plazas públicas de la antigua Grecia, donde el pueblo vivo se daba cita para hablar de política, de arte, filosofía y olimpiadas; cuando la Prensa era una función oral, volandera y sin artículos de fondo; de aquellas Agoras atenienses repito, participaba mucho nuestra vieja Plazuela.

Quienes la hemos palpado y vivido en sus avatares, los más de ellos desafortunados, apenas podemos reconocerla hoy. Serán los mismos sus árboles, salvo alguna palmera que los remuzos del viento abatió. Serán las mismas las edificaciones que la circundan; y exactos los límites que la enmarcan. Pero el espíritu de la Plazuela, su entraña y su fauía personal han ido agonizando por deceso de muchos de los que la frecuentaron, y por los que hoy la toman como una serventía de paso, por que no ven en ella, después de ciertos «ukases» edilicios, sino una sombra de lo que fuera antaño.

Así como Unamuno, cuando le dijeron que iban a esplotarse unos pozos de petróleo en Fuerteventura exclamó: ¡Le quieren robar su pobreza! podría decirse de la Plazuela que le ha sido robada su más valiosa prenda: su intimidad.

Para que se me comprenda mejor, y para alejar las sospechas que alguien pudiera abrigar de que lo que yo intento es defender los antiguos rincones de la ciudad por el sólo privilegio de su vetustez, y atacar las modernas reformas por contrarias razones, voy a hacer un distingo entre lo que entiendo por belleza, y por perfección.

Existen cosas que han llegado a un estado de perfec-

ción aunque no sean bellas, y otras que siéndolo, no han llegado, con mucho, a ser perfectas. Entiéndaseme que la perfección la tomo en el sentido de acabamiento; de «no más allá»; de lo que ha llegado a un término en que toda reforma o mejoramiento están demás o son innecesarias.

Así tenemos que el violín y el violoncello, son en su clase y condición, absolutamente perfectos, aunque sus estructuras no sean acabadamente bellas. (Lo mismo podíamos decir de la guitarra clásica).

Desde hace siglos, estos dos instrumentos de arco no han cambiado un ápice, y cualquier modificación que se les hiciere para mejorarlos sería, no ya inútil, sino contraproducente.

Insistiendo en el argumento diríamos, que si los más afamados arquitectos del mundo, obrando de consuno, intentasen, ya restándoles o añadiéndoles elementos, embellecer y hacer que se superasen el Taj-Majal o la Basílica de San Pedro, no lograrían mejorar sus índices de perfección. Y aquí tenemos dos ejemplos donde el acabamiento y la perfección se dan la mano con la belleza, lo que no sucede con las Pirámides, en las que la belleza está sustituida por la grandiosidad, el colosalismo, y el sentido reverencial que sobre ellas han ido acumulando las Edades.

¡Cuarenta siglos os comtemplan!

En cuanto a lo que se refiere a la mecánica, el automóvil, vaya de ejemplo, está en perenne estado de evolución hacia esa meta que ya, hace siglos, lograron el violín, el cello, la guitarra, y hasta la tartana que con un solo caballo de fuerza también la consiguió.

A propósito de esto, decía Pío Baroja, que no se podía inventar una nueva forma de montar a caballo, ni de pelar una manzana. Y tenía razón.

Todas estas consideraciones van disparadas a una diana, cuya es, la de clasificar a la antigua Plazuela —la de los patos y no de las ranas— entre las cosas que lograron aquella perfección a que antes he aludido.

Si aquellos pájaros de antaño viviesen hoy en los nidos de hogaño y pudieran hablar, a buen seguro que votarían por la vetusta Plazuela. La del amplio y rumoroso estanque cuajado de peces irisados, donde los patos japoneses ponían una nota exótica de color, y los zancudos flamencos alzaban melancólicamente sus patas de lacre. Donde aquellos sillones de mimbres del Funchal, convidaban al ocio y a la meditación.

Y ya que más arriba he hablado de lo vetusto, buena cosa es advertir que no es lo mismo lo arcaico que lo anticuado. La Plaza de Santana, salvo un par de modernas, desafortunadas edificaciones; con su augusto Palacio Episcopal; sus Casas Consistoriales y nuestra severa y pétrea Catedral, es vetusta y arcaica por historicidad. Como lo fuera en un tiempo nuestra recoleta Alameda, antes de que la convirtieran en el actual y baldosado parador de maritornes y soldados sin graduación. Vetuetas son ciertas casas de Vegueta, con sus siglos a costas, como la que ostenta el número tres en la Plazoleta del Espíritu Santo. Y anticuados son muchos edificios y casas de vecindad que eran *muy modernos* hace treinta o cuarenta años. Y anticuado es el Parque de San Telmo con sus parterres, sus diseños ya pasados de moda, y sus semi-modernos kioskos del peor estilo catalán.

Y dando por finiquita esta cuestión, voy a intentar definir en que consistía aquel espíritu y aquella intimidad de nuestro Agora canariensis.

En todas las ciudades —y me refiero particularmente a las latinas— existen cenáculos, capillas, capillitas, y tertulias, donde se comenta y discute sobre las más diversas disciplinas. Y no circunscribo esta expresión a la intrínseca de Arte, Facultad o Ciencia, sino que la hago extensiva a todo lo que es susceptible de ser comentado; desde la filosofía hasta el boxeo; desde las artes y las ciencias hasta las peleas de gallos y de carneros. Estas capillas, cenáculos y tertulias, suelen proliferar, en otras ciudades, en sitios diversos. En este Café pontifican unos

escritores; en el otro no se habla sino de tauromaquia; en el de más allá, de política. Pues bien; nuestra antigua Plaza era como una síntesis de todos esos centros esparcidos; y todas esas disciplinas estaban en ella contenidas y representadas. No voy a detenerme en las reuniones donde se hablaba de deportes, de filatelia, colombicultura y otras inquietudes de tono menor, porque no solía frecuentarlas; y no se vea en ello motivo de menosprecio, sino de indiferencia hacia aquello para lo cual no nos ha llamado la Providencia.

Nuestra reunión la constituían en su mayor parte escritores, poetas, pintores, etc. los más de ellos verdes y los menos en agraz. Más allá, en otra mesa, oficiaba de dómine —el tema era casi siempre político— mi orondo pariente Pepe Doreste. En otro, Don Rafael Ramírez era escuchado como un oráculo, cuando disertaba sobre economía de las islas, franquicias, y demás secuelas. Su tono fluctuaba siempre en esa difícil zona entre la exaltación y el equilibrio; y su más bella cualidad era su sentido de la justicia social y su acendrado patriotismo. Don Rafael Ramírez se tomaba entre quince y veinte vasos de café diarios. A veces sus quevedos le temblaban nerviosos mientras su verbo se encendía con el calor de las ideas y el espolique de las infusiones. A su reunión solía ir cierta persona cuyo nombre he olvidado, que le oía con la boca abierta, y decía que las dos personas que más admiraba en el mundo eran; Isaac Peral y Don Rafael R. Doreste. (Sic)

La tertulia —perdón por el pleonasma— más tertuliana de todas era la que presidía mi padre. Sus componentes iban apareciendo a eso de las tres de la tarde. La bebida de ritual era el café, que se servía entonces en aquellas cafeteras «rusas», individuales que iban colándolo gota a gota, y que en sus atascos —muy frecuentes— había que saber emplear la maña y la experiencia. No era aquella tertulia un coto cerrado, ni para los que la componían ni por los temas diversos que en ella campeaban. Se ha-

blaba, sencillamente, de todo. Y no era raro ver sentado en torno a mi padre —sobre todo los domingos y festivos— a Tomás Morales, Alonso Quesada, Saulo Torón, González Díaz, Claudio de la Torre y otros conspicuos valores isleños. Sin ser estos días señalados, los más asiduos —y se me han pasado algunos por alto— eran; Juanito Ramírez de la Torre, Felix Delgado, Manolo Reyes, (el caricaturista) Fernando González, Pepe Doreste (que allí no le dejábamos actuar de dómine) Gregorio López, Juan Sosa, Cristóbal Cabrera, Federico Sarmiento, Don Juan Carló, Paco Marrero, Vicente Mujica, que tenía un gran oído musical, y alguna que otra vez los hermanos Benítez Inglot.

Cuando mi padre se levantaba, abandonando hasta el siguiente día aquellas entretenidas conversaciones para enfrentarse allá en su oficina juzgadense, con los legajos y las providencias, una cosa podía asegurarse, y era, que sobre los diversos temas que se habían tratado en la reunión, las opiniones podían haber estado divididas, cosa que casi nunca le sucedía a la cuenta, pues Don Domingo, después de una significativa seña al camarero, solía pagarla en su integridad.

¡Privilegio de la edad, saber, y gobierno!

Recuerdo una memorable ocasión en que se dieron cita en nuestra ciudad no sé por que motivo, alguno de los «grandes» de la vecina y picuda isla. Era un domingo al mediodía, y la tertulia ofrecía un aspecto deslumbrante. Hubo que unir una media docena de mesas para que la reunión se hiciera más íntima. La Plazuela comenzó a llenarse de bellas muchachas para el acostumbrado paseo dominguero. Había terminado la misa de doce. Los reclutas regresaban al cuartel atronando la calle de Muro con sus trompetas. Nunca más pudo darse, ni creo que se dará, aquella mavavillosa coyuntura que hizo posible la comunión de tan preclaros varones. Allí, sentados, quitándose materialmente las palabras los unos a los otros, estaban entre algunos que se obvian, Ramón Gil Roldán, Diego Crosa, Manuel Verdugo, Domingo Cruz, Tomás

Morales, Saulo Torón, Alonso Quesada, Montiano Placeres, Nicolás Massieu, Agustín Millares Carlo, González Díaz, Suárez León, Jordé, Néstor, Luis Doreste Silva, Juan Carló, Don Domingo Rivero, Don Rafael Ramírez y mi padre.

¡Dios mío! pensaba yo entonces. Si cayera una bomba en la reunión, a más de un siglo retrocedería nuestra cultura, y sobre todo, nuestra sensibilidad.

En contraste con estos personajes que dieron honra y prez a la cultura, las artes y las letras canarias, aparecían de vez en cuando varios personajillos que si no daban prez y honra a estos valores del espíritu, prestaban su sal y su pimienta a nuestro anecdotario popular. Entretantos como «Pancho el Bruto», «Alejito» y «Juanito Argumento», merece párrafo aparte Andrés «El Ratón». Andrés vive aún, pero permíteme que hable de él empleando el pretérito.

Andrés «el Ratón» era popular por sufragio. Como todos saben, no usó zapatos jamás, con la sola excepción, ineludible, de sus años artilleros. Pero aun así, nos consta que hizo trampa. Andrés odiaba al zapato como el perro odia al gato.

Otra peculiaridad de aquel mariscador de sortijas era la de su invulnerabilidad patológica: Andrés nunca supo lo que era una enfermedad. Las dolencias las pisoteaba con sus «peditanques» como lo hacía con las pencas de tunera que convertía en papilla, y con los cristales que reducía a polvo.

La gente, podría haber dicho él, se calza todas las mañanas una enfermedad.

Cuando Andrés oía la palabra «médico», adoptaba una expresión que iba de la sorna a la perplejidad. Y no digamos si le caía por la oreja el absurdo vocablo de «zapatero». Porque para él existían en el mundo tres cosas esencialmente inútiles: las dos arriba citadas, y el rasgador de las cajas de cerillas, (las encendía con la planta del pie).

Otro aspecto de u peregrina existencia, era la sucinta geografía que le servía de marco y horizonte.

Andrés era un viajero infatigable. Tenía ya recorrido miles de kilómetros. ¿Hasta dónde habrá llegado? preguntará el despistado lector; vamos a satisfacer su legítima curiosidad.

La topo— o geo—grafía del «Ratón» limitaba al Norte, con el final de la calle de la Marina. Al Sur, con las Tenerías de San Cristóbal. Al Este, con la oxidada caldera del «Zuleika», y al Oeste, (en alguna rara ocasión en que se sentía poseído del espíritu de un Pizarro o de un Vasco de Gama) se aventuraba a llegar hasta el primer recodo de nuestro pedregoso y oliente Guinguada, que era para él como las mismísimas fuentes del Amazonas.

En esta pàrvula geografía discurría la no menos pàrvula existencia de nuestro hombre. Una existencia cuya máxima alegría era la llegada del viernes de Mercado. En ese día, Andrés se paseaba radiante, a la búsqueda de ingenuos —¿ingenuos?— y bigotudos «magos» a los que pignoraba auténticos anillos de «oro» —de los que c... el moro— y que mariscaba en los pedruscos de la marea. Porque hay peñas madreporicas y perlíferas, pero también las hay «doublé-póricas»

También solía Andrés vender unos relojes inverosímiles, que él tenía el secreto de encontrar, como le sucede al buen pulpeador, cabe o bajo una piedra marisquera. Unos relojes que como él, no conocían el reuma ni la oxidación

Y ese día, el de la madrugada del Viernes, Andrés el «Ratón» se «ponía las botas»-

* * *

Pero la Plazuela era, sobre todo, a más de un remanso, un punto de recalada de los tipos más excéntricos y pintorescos.

Un buen día aparecía por ella aquel ingenuo bardo lanzaroteño de Don Isaac Viera, aprovechando cualquier

ocasión que se le presentase —aunque fuera traída por los pelos— para proclamar lleno de infantil orgullo que su nombre estaba inserto en el Espasa Calpe. Otro le tocaba el turno a José Rial, que, después de unos días de forzoso silencio en las soledades del Faro de las Isletas, se desbordaba en una verborrea incontenible y no dejaba hablar a nadie.

Recuerdo que en una de aquellas riadas orales en que venía «de banda a banda», se nos presentó con un atuendo digno de un tipo de «Merimé»: chambergo negro de alas anchísimas; chalina del mismo color; y una vieja «cimarra» de terciopelo obscuro. En nuestra mesa estaba sentada una cupletista peninsular que actuaba en el Circo Cuyás, y que todo lo que le faltaba a su cultura, que era mucho, le sobraba a su pimpante belleza. Cuando Rial hubo descargado todo su caudal, que en aquella ocasión venía con reboso, y se dirigió a una mesa vecina con visibles intenciones de reincidencia, la salada cupletista nos dijo:

—¿Sabéis como le llaman en España —auténtico— a esos tipos?

—No, —le contestamos—.

—Les llaman poetas—.

* * *

Pero el personaje que nuestra reunión tenía unas ganas locas de conocer, —estaba entonces en América— es al gran Baldomero Romero Espinola.

Se contaban de él cosas fantásticas. Una vez tomó pasaje en Montevideo, en un barco que él creía que lo iba a dejar en Las Palmas. Pero la realidad fue bien distinta, porque aquel barco francés rindió viaje en Marsella sin hacer escalas —así iba consignado—. La tripulación y algunos pasajeros a quienes Baldomero había caído en gracia, hicieron una colecta para que nuestro hombre pudiera llegar a su terruño, y héteme aquí a Baldomero, sin una mano amiga, en aquel laberinto del gran puerto mediterráneo, con un mal puñado de francos, a la espera y

INDICE

	PAGINAS
<i>Cancela</i>	5
<i>Retorno de Salamanca.</i>	7
<i>Un colegio original</i>	11
<i>Nuestros juegos</i>	13
<i>Estampa veguetense</i>	16
<i>Nuestra casa.</i>	17
<i>Vecinos</i>	
<i>R. I. P.</i>	
<i>El terrible «uste»</i>	
<i>Las Palmas limita al norte con...</i>	
<i>Los hijos del «Cuartudo»</i>	
<i>Playas de secano</i>	
<i>Patines en la Plaza de Santana</i>	3
<i>«Cojita» la palomita negra.</i>	35
<i>El crimen de la época.</i>	38
<i>Temporada en San Mateo</i>	42
<i>Un viaje ultrarápido</i>	49
<i>El médico de la casa</i>	53
<i>Nuestro parthenon</i>	55
<i>San Cristóbal</i>	57
<i>Baltasar Llarena</i>	63

	<u>PAGINAS</u>
<i>Segunda Parte</i>	66
<i>Los amigos</i>	70
<i>Félix Delgado</i>	75
<i>La Escuela de «Luján Pérez»</i>	78
<i>Una anécdota de don Juan</i>	84
<i>Tertulias</i>	86
<i>Dos tipos</i>	90
<i>Paciencia</i>	93
<i>Maestro Pepe Quintana</i>	94
<i>Música maestro</i>	97
<i>Los beneficios</i>	104
<i>Un drama frustrado</i>	113
<i>Romance de Pancho Marrero</i>	115
<i>La Plazuela</i>	118

SE ACABO DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EL DIA IV DE MAYO DE MCMLXV
EN LA IMPRENTA «LEZCANO»
LAS PALMAS (CANARIAS)